83-7-5
1507

BIBLIOTECA ANDALUZA

206-11
3260

POESIAS

DE

RIOS ROSAS

COLECCIONADAS POR

H. GINER DE LOS RIOS

Y PRECEDIDA DE UNA BIOGRAFIA DEL AUTOR

MÁLAGA
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Comedias 28

Lit. Nieva y Moya, Málaga.

POESIAS DE RIOS ROSAS

POESIAS

DE

RIOS ROSAS

COLECCIONADAS

POR

H. GINER DE LOS RIOS

Segunda Edicion considerablemente aumentada y precedida de una biografia del autor.

REGALO A LA ACADEMIA DE LA HISTORIA
DEL EXCMO. SR.
D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN
1928
SU SECRETARIO PERPÉTUO

MALAGA
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Comedias 28
1884

REAL ACADEMIA
BIBLIOTECA
DE LA HISTORIA

Es propiedad.— Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Málaga.—Tip. de la Biblioteca, Comedias 28.

RIOS ROSAS.

No es una biografía ni un estudio lo que nos proponemos escribir; una y otro aparecerán en su dia al ver la luz las *Obras completas de Rios Rosas*, y serán trabajos debidos á doctas plumas. Solo es nuestro propósito extractar en forma de ligeros apuntes, las vicisitudes por que pasó el que fué honra de la tribuna española, ejemplo de austeridad en sus costumbres públicas, dechado de integérrima conducta en su vida privada, de valor incontrastable, y de espíritu noble y levantado.

Aquél á quien nos unian lazos de íntimo parentesco, nació en la ciudad de Ronda el año de 1812, siendo su padre D. Francisco de los Rios Zambrano, abogado célebre que asistió en calidad de diputado á las Córtes

verificadas en Bayona durante la guerra de la Independencia.

La familia de Rios Rosas, de opiniones liberales, sufrió todo género de persecuciones en el decenio de 1823 á 1833, alcanzando al mismo D. Antonio de los Rios y Rosas, ocupado á la sazon en sus estudios, aunque ya se interesaba con la vehemencia propia de su carácter, en las luchas de la política. Todavia estudiante, ya fué impurificado y preso por los séides absolutistas, que de entonces acá, si cambiaron en las formas por el influjo de la cultura contemporánea que á todos se impone, continúan siendo en fondo los mismos, que con su intolerancia esparcen el ódio y la inquina contra todo aquello que no responde al mísero ideal de la reaccion. La víctima de la malquerencia absolutista, sintió desde los primeros momentos profunda antipatía hácia las ideas tradicionalistas, y en 1833 comenzó á figurar en el partido moderado. A poco, en 1835, fué nombrado elector para las Córtes reunidas á la disolucion del Estamento de Procuradores de 1834. Y ya entonces demostró la tenacidad inquebrantable de sus decisiones, al patrocinar

con empeño la candidatura contraria á la de Mendizabal, presentada por los progresistas en Málaga; y á riesgo de su vida, desafió las iras de los enemigos, quedando vencido en la demanda, pero á trueque de dejar sentada la reputacion de su valor, incompatible con el disimulo, y su energía, que no se doblegára en aquellos señalados instantes, ni en el resto de su vida.

Su fama de abogado y sus triunfos en el foro, fueron preludios de las victorias que habia de conseguir más tarde en las lides parlamentarias. Su renombre le llevó en 1836 á ser elegido diputado para las Córtes revisoras, que no llegaron á reunirse á causa de los acontecimientos de la Granja. Pero tres años más tarde puso de relieve sus cualidades personales, actuando como Jefe político en comision de la provincia de Málaga, donde apenas tomó posesion estalló un movimiento revolucionario, sofocado gracias á su serenidad, logrando que el Ayuntamiento, núcleo del motin, levantase su sesion al presentarse solo en la sala capitular, disolviendo luego los grupos que empezaban á circular por las calles, con un pique-

te de guardias, y mejor que con las armas con la persuacion. Consecuencia de su tacto y virilidad, fué la consideracion que Málaga le dedicó tan pronto como los ánimos se apaciguaron.

En 1840 la provincia de Córdoba lo eligió su representante en Córtes, siendo la tercera vez que se le honraba con el sufragio. Y enel momento de estallar el pronunciamiento de aquella fecha, dimitió el cargo de Jefe político de Málaga que en aquellos instantes no ejercía, pues se hallaba en Madrid interesándose en el palenque periodístico. *El Correo Nacional*, *El Heraldo*, *El Sol*, y *El Conservador* fueron periódicos moderados en que sucesivamente colaboró, dirigiendo y fundando algunos de ellos, al lado de Pacheco, Pastor Diaz, Tassara y otras eminencias del foro, la literatura y la política.

En todos se dió á conocer como escritor correcto y castizo, y tan leidos eran sus trabajos como elogiados. Paladin del periodismo, inicia hácia los comienzos del año 43 la coalicion de la prensa, cuya protesta redactó. Inserta en todos los periódicos, preparó-

se así la opinion pública al alzamiento de Junio que derribó al Regente Duque de la Victoria.

Elegido Rios Rosas diputado por Málaga y Almeria en 1844, dimitió el cargo de oficial de Secretaria en el Ministerio de Gracia y Justicia, aunque no negó su apoyo al gobierno en aquellas dos legislaturas; y en la segunda de las mismas se le encargó que redactara el Mensaje de contestacion al discurso de la Corona, documento que asentó su fama de escritor, é hizo que en la legislatura del 47 al 48 se le encomendara igual mision.

Creado el Consejo Real, fué nombrado individuo del alto cuerpo; y de entonces data su renombre de orador; pues en esta época combatiendo al ministerio Pacheco, contribuyó eficazmente á su caida. Y ya en la senda de la intolerancia y guerra sin tregua que emprendiera contra todos los gabinetes que sucedierón al mencionado, en los años de 47 y 48, contra Narvaez y Sartorius, no cesó en su ruda oposicion, defendiendo á la faz de Europa una administracion moral, una Hacienda ordenada, y una confianza en

el pueblo que los cortesanos se empeñaban en alejar á cada paso del ambiente palaciego. Por esta época quedó de hecho proclamado Jefe de una fraccion de su partido, que si bien pequeña en el Parlamento, fuera de él y en la opinion contó desde un principio con las simpatias de la mitad del partido moderado. El gobierno entonces destituyó á Rios Rosas de su cargo de Consejero real; llegando con esto á gran altura la popularidad del orador disidente, así como el cúmulo de desmanes del Ministerio, fué origen de la revolucion de 1854.

De todos son conocidas las causas que motivaron aquel hecho político, determinando la caida del Conde de San Luís en medio del mayor desprestigio, y entre la indignacion de todos los partidos liberales. La sublevacion militar del Campo de Guardias iniciada por O'Donnell y secundada por Dulce, tomó el carácter de una verdadera revolucion, surgiendo el espíritu de enemiga hácia Palacio, que amenazaba al trono; la Córte se alarma, y la reina Isabel presa de pavor trata de cortar el camino á las tendencias democráticas, llamando á un ministerio más

liberal, en el cual se encarga de la cartera de Gobernacion Rios Rosas.

Mas aquel gabinete llamado con razon *relámpago*, pasó como meteoro por el poder durante tres dias, sin lograr otra cosa que torcer el curso de la revolucion imperante, viéndose en la humillacion de dar un manifiesto en que á la reina se le obligaba á hablar de una *série lamentable de equivocaciones*.

El deseo de aliar los monárquicos sinceros la causa de la dinastía con la de la libertad, aceptando del espíritu del siglo todo lo progresivo compatible con el órden; esto es, la aspiracion doctrinaria de constituir una monarquía ecléctica al modo de como la soñaron en Francia los partidos medios con Luis Felipe, hizo nacer en Rios Rosas el pensamiento de la Union Liberal, y O'Donnell sirvió de instrumento al aceptar la Jefatura de este partido, constituido con elementos del antiguo moderado, y del histórico progresista. Pasa el periodo del bienio é iníciase la contra-revolucion de 1856, triunfando la Union Liberal. Rios Rosas volvió á ser Ministro de la Goberna-

cion con O'Donnell, aunque hubo de abandonar á su Jefe más tarde vista la tendencia excesivamente conservadora que adoptaba el partido. En aquella fecha O'Donnell exageró su oposicion á los progresistas que arrollara en su camino; y los que no sucumbieron al halago *resellándose* tuvieron que sentir el peso del poder en la pendiente conservadora; disolviéronse y reorganizáronse ayuntamientos y diputaciones, suprimióse la Milicia Nacional, y restablecióse por último la Constitucion de 1845 despues de disueltas las Córtes Constituyentes por la fuerza pública.

Rios Rosas esperó todavia que cesase el periodo reaccionario, no negándose á aceptar el cargo de Embajador en Roma, el año de 1859, para llevar á cabo el Concordato con la Santa Sede, cargo que le confiara su partido, en una época más liberal. Pero luego de la guerra de Africa, y cuando O'Donnell tornó al camino ultra-conservador, volvió Rios Rosas á acaudillar la *disidencia*, combatiendo enérgicamente al ministerio O'Donnell-Posada Herrera.

El advenimiento al poder del partido mo-

derado, encontró á Rios Rosas en la Cámara, y allí fué atacado sin tregua ni descanso por el diputado rondeño.

En 1865, y contra el Ministerio Narvaez-Gonzalez Brabo, pronunció en la Cámara Rios Rosas uno de sus más brillantes discursos, á consecuencia de los sucesos de la noche de San Daniel (10 de Abril,) mostrando un valor á toda prueba con la indómita entereza que le era peculiar. Acaso el *Acta adicional* á la Constitucion de 1845, á la disolucion de las Córtes del 56, y sus discursos últimamente citados, sean las dos obras más importantes de su vida política, antes de la revolucion de 1868.

A partir de esta fecha, Rios Rosas fué segunda vez Presidente del Congreso y del Consejo de Estado, nombrado por el partido que se llamó monárquico-democrático, y en el que se aliaron para la confeccion de la Constitucion de 1869, la Union Liberal, los progresistas y los demócratas que aceptaron la monarquía como forma de gobierno. Fué individuo de aquella comision constitucional, así como el que increpó duramente á Posada Herrera en el seno de aquella otra

comision de las Córtes Constituyentes, encargada de elaborar la candidatura del trono vacante, cuando este hombre público se atrevió á presentar la del príncipe Alfonso.

Partidario del Duque de Mompensier, permaneció al advenimiento de D. Amadeo I un tanto alejado de Palacio hasta que los acontecimientos obligaban á todos los monárquicos á apoyar al príncipe Saboyano.

Verdadero *conservador*, fué Rios Rosas uno de los pocos hombres públicos de la monarquia que se negaron á conspirar contra la República de 1873. Invitado por los conspiradores de la Plaza de Toros á que tomase parte más ó menos directa en el movimiento faccioso que se preparaba, Rios Rosas leal con el órden de cosas establecido por el voto de la Asamblea, rechazó con tanta indignacion como virilidad las proposiciones que se le hicieran; y dentro de las Constituyentes republicanas, leal con la República y consecuente con sus opiniones, prestó á la situacion y al país desde su puesto, estimables servicios.

Precisamente por estos servicios y por esta lealtad, al morir en Noviembre de 1873,

el Gobierno de la República honró su memoria y premió su pobreza, costeando la Nacion su entierro, al que asistieron todos los individuos del Gobierno Republicano, bajo la presidencia de D. Nicolás Salmeron que á la sazon ocupaba la de la Asamblea Nacional.

Tal fué la vida política de D. Antonio de los Rios y Rosas, que tambien en la Academia de la Lengua como individuo de número, en la de Jurisprudencia y Legislacion como Presidente, y en otros centros científicos y literarios, demostró su vasta cultura.

De sus aficiones literarias queda tan solo, artículos esparcidos acá y allá, y la coleccion de *Poesias* que hemos recogido con no poco trabajo, de periódicos de 1836 á 1838. El año de 1879 publicamos varias de ellas por primera vez en un diario de provincias, agotándose inmediatamente la pequeña tirada de esta edicion. De entonces acá proseguimos la tarea de reunir materiales para la publicacion de las *Obras completas de Rios Rosas*, que verán la luz cuando cumplan las Córtes el acuerdo de la Comision de

las mismas, que en 1873 resolvió conceder una subvencion para que se publicaran.

El fin político que absorbía por completo la atencion de Rios Rosas, no fué bastante á borrar en su espíritu su amor á la bella literatura, como lo prueba el hecho de haber escrito su hermoso soneto titulado «La opinion» el mismo año de su muerte; por mas que puede decirse que desde 1840, rara vez cultivó las musas, si se exceptúa la época de su destierro en Lisboa, donde escribió el otro soneto que lleva el nombre de la capital lusitana.

Hemos concluido la tarea que nos impusimos, restándonos únicamente manifestar nuestra gratitud á la BIBLIOTECA ANDALUZA, por publicar esta segunda edicion corregida y aumentada de las POESIAS de Rios Rosas.

H. GINER DE LOS RIOS.

Madrid y Octubre de 1884.

EL JERIFE DE BENASTEPAR

TRADICION MORISCA.

EL JERIFE DE BENASTEPAR.

(TRADICION MORISCA: RONDA AÑO DE 1501)

I.—La garganta y la avenida.

I.

Del Enero proceloso
era una noche sañuda
que con su manto de hielo
cobijaba la natura.
Denegridos nubarrones
el risco gigante enlutan
donde el alcázar rondeño
al firmamento se encumbra,
y por la callada esfera
extienden su sombra ruda,
amenazando la frente
de la cenicienta luna.
Su falleciente destello
en las tinieblas fluctúa
cual en templo solitario

la luz de lámpara mústia,
y de la ciudad soberbia
el muro apenas alumbra
y del bosque comarcano
la frondosidad inculta.
Allí, al través de las ramas
un ginete se columbra,
que á brida suelta corriendo
á los vientos sobrepuja.
En la fuente de Aljerife
que el soto denso fecunda,
salta del laso caballo
y se embosca en la espesura.
Ya sale al márgen del rio
por entre adelfas y murtas
y de las rápidas aguas
sigue el curso con presura.
No le cubre la cabeza
galan bonete de plumas,
ni en albornoz granadino
el talle y el rostro oculta;
no el alfanje de Damasco
le cuelga de la cintura,
ni arrojadizo cuadrillo
en la mano diestra empuña;
sino turbante le ciñe
la sien, que cuidados nublan
y en pobre alquicel envuelve
gentil talante y figura.
En tosco cinto de cuero

un serranil le relumbra:
ni le acompañan más armas
que su mortífera punta.
¿Será de Sierra Bermeja
algun Monfí, por ventura,
de esos que horribles crueldades
en cristianos ejecutan?

II.

De Isabel y de Fernando
á la indomable fortuna
van á cumplirse tres lustros
que Ronda se postró muda.
Mientras en las régias torres
tremoló la media luna
que el poder de la alta Alhambra
aún á los siglos divulgan,
tuvieron aquí en las peñas
do Guadalevin circula,
los vencidos, esperanza,
los vencedores, mesura.
Mas desque Boabdil el muelle,
al Rey que de valde triunfa
entregó el adarve entero
con vergonzosa pavura,
ejercen los Castellanos
contra la raza moruna
no el orgullo de señores,
de fanáticos la furia.

No le guardan los conciertos,
de sus usanzas se burlan,
las honras y las haciendas
con torpe mano les hurtan.
De la sierra divagando
en la aspereza profunda
los mas principales moros
su baldon y muerte excusan.
Ese que en humilde traje
nobles alientos oculta
es un ilustre proscrito
mecido en hidalga cuna,
Oh tu esclarecido.... (1)
que afable y bondoso escuchas
los mal concertados sones
que mi cítara murmura;
¡ay! al llegar á tu oido
aquel nombre de amargura
que de la España con duelo
llevas, por la vez segunda,
¿oprimido no te sientes
de una miserable angustia,
y al santo amor de la Pátria
un suspiro no tributas?
Sí, que á entibiarle en tu pecho
no alcanzan viles injurias,
ni los indignos agravios
que fraguó envidia sañuda.

(1) Ignórase lo que decia el manuscrito.

La ponzoña que en la sangre
de su víctima inocula,
ella ignora que del bueno
no llegó al corazon nunca.
Tiempo vendrá que el rostrillo
caiga á la maldad injusta
y en tanto que tú la olvides
sus palaciegos le escupan.
Por ello aparta los ojos
de esa muchedumbre inmunda,
y al márgen del hondo rio
sígueme en la noche oscura.

III.

Cuando su raudal pujante
con el arroyo se junta
que de inmemoriales muros
lame la base caduca;
hiéndese la excelsa roca
donde la ciudad se funda,
desde la planta inmovible
hasta la cumbrera adusta.
Fórmase allí un ancho abismo
cuya lobreguez profunda
de la tenebrosa nada
el cáos primordial emula.
El ágrio suelo erizado
de mil encontradas puntas,
y las tajadas paredes

que á trechos el musgo enluta:
hé aquí el lecho y la ribera
do las aguas se sepultan
gimiendo de risco en risco
con pavorosa tristura.
Al lúgubre son responden
los ayes de la lechuza,
que en el estéril cogollo
se mece de la cabuya;
y de la inmensa garganta
el viento en los senos zumba,
y los ecos de las peñas
repiten su voz augusta.
Y allá en la puente remota
que las márgenes anuda
del precipicio sombrío
con frágiles ligaduras,
suena el apagado alerta
de centinela nocturna,
que en solitaria atalaya
del ronco fragor se asusta.
Váse deslizando el moro
con planta audaz y segura
entre el tajo y la corriente
por una vereda oculta,
é impávido se adelanta
palpando tinieblas rudas,
cual si en zambra de mil luces
alfombra pisara turca.
Mas el sendero alevoso

tras una horrible estrechura
para perderse se ensancha
y muere al pié de una gruta.
Sus bóvedas ominosas
entoldan la linfa turbia
que despeñada penetra
en sus entrañas profundas;
donde con ímpetu fiero
mil olas y mil rempuja,
y la quietud de un instante
en breve remanso busca.
Atada al borde del charco
frágil barquilla fluctua,
que al lado opuesto un albergue
al valor tenaz anuncia.
La vista empero allí alcanza
sin que ni márgen descubra
ni tránsito ni aun acceso
en la rasa escarpadura.
Solo al tope de las ondas
hay una mancha negruzca,
que de ferrado postigo
mal el aire disimula

IV.

El proscrito fatigado
sentóse en la piedra dura,
y en el alquizel grosero
los yertos miembros enjuga.

A considerar se pone
de sus desdichas la suma,
y en recordar las pasadas
las presentes se le endulzan.
Está bajo las almenas
do voló su infancia pura
y que en su hogar allanado
al usurpador escudan.
Allí morára su padre
el malogrado Hazem-Muza,
alcalde de Istan y Ronda,
de Zagrazalema y Juzcar,
el privado del rey viejo,
el mantenedor en justas,
el temido del rey Chico
que lo respeta y adula:
matóle Alfonso Fajardo
al fin de una escaramuza,
no por destreza ni arrojo,
por su dichosa ventura.
Fernando que lo está viendo
el ceño atroz desarruga,
y en albricias de este lance
el holgado cerco angustia.
Tras cada revés entonces
mil reveses se acumulan,
y en la ciudad sin caudillo
se eclipsó la media luna.
A Benastepar huyóse
la miserable viuda

entre las reliquias tristes
de la agarena fortuna,
y al huérfano desvalido
en aquel asilo educa
que los fieros ganadores
no osaron profanar nunca.
Allí creciendo en denuedo
en discrecion y hermosura,
la altiva cerviz exenta
de tiránica coyunda,
Alhamar el desterrado
la gran empresa madura
á que en años juveniles
pondrá su mano robusta.
Su agrado con los pudientes,
con los pobres su blandura,
aquel indómito esfuerzo
en que su gloria vincula,
la ardiente sed de venganza
que de contínuo le abruma,
y en su varonil semblante
triste palidez dibuja;
la voluntad de los moros
á su voluntad subyuga,
y por alcaide y Jerife
Benastepar le saluda.

V.

Ya en el vulgo Castellano

su claro nombre circula
y el Jerif, llamarle suelen
por menosprecio ó por burla.
Mas los Cristianos de cuenta
que sus intentos auguran,
cortarle tratan los vuelos
al águila que se encumbra;
y con recelo y con dolo
hallarle solo procuran,
un crímen en cada hazaña
y en cada prenda una culpa.
Alhamar, en nada tiene
asechanzas importunas,
que ni su encono acrecientan
ni sus acuerdos perturban.
Mas ¡ay! que en hora menguada
vagando en la breña adusta,
arrebató á los Monfies
una cautiva andaluza.
Vida, libertad y honra
el proscrito le asegura,
cuando solo ya del cielo
la infeliz espera ayuda.
Blanca de Aguilar, la hermosa,
cuyos encantos ilustra
del Gran Capitan la sangre
que por sus venas circula;
vástago de don Alonso,
á quien Gonzalo tributa
de menor la reverencia

y de hermano la ternura;
á solemnizar las bodas
vino de una prima suya,
y cazando estravióse
en el robledal de Chúcar.
¡Ah! nunca Alhamar la viera
altiva en su desventura,
mas que las fiestas nupciales
no se celebraran nunca!
¡Nunca jamás contemplara
de su dolor la amargura,
ni el celestial embeleso
que en sus ojos vive y triunfa
ni el plácido señorío,
con que púdica y confusa
de ardiente agradecimiento
blandas razones pronuncia!

VI.

Ya el corazon del proscrito
con récio latido pulsa,
y por vez primera siente
del fiero amor la tortura,
y cuando cortés la dama
y curiosa le pregunta,
por su pátria y por su nombr
con hechicera dulzura,
el encendido bochorno
que al garzon el rostro inund

y el mal concertado acento
de su lengua tartamuda,
la llama que le consume
á pesar suyo divulgan,
y en la Cristiana despiertan
incomprensible ternura.
El destino inexorable
para que su ley se cumpla
con vínculo misterioso
sus voluntades anuda.
Ambos se indignan y asombran
de su flaqueza perjura;
la abominan en su pecho
y su pecho le subyugan.
Del cielo ultrajado oyen
la maldicion furibunda;
de los deudos y la pátria
los anatemas escuchan;
mas el harpon obstinado
en las entrañas los punza
y por mucho que les duela
lo llevarán á la tumba.
En tanto suena á lo lejos
de los cetreros la bulla,
que inquietos á su señora
en torno del monte buscan.
La plática regalada
es fuerza que se interrumpa;
es fuerza que á los amantes
martirice ausencia cruda.

Afligidos se despiden
al salir de la espesura,
y con el alma y los ojos
sigue el moro á la andaluza.
De hablar una vez con ella
en entrevista nocturna
la palabra le ha arrancado,
que tiernamente lo adula.
Mas, vuela el tiempo enojoso;
Alhamar espera y duda:
un motivo asaz urgente
sus anhelos estimula;
cuando una esclava de Blanca.
Zelima, la fiel y astuta,
ocasion, lugar, momento
en un billete le anuncia.
Mil riesgos arrostra el moro
para llegar á la gruta,
y ansioso aguarda el instante
en que dé el reloj la una.
Ya se acerca: ya impaciente
el remo fugaz empuña
y el mas ligero murmullo
rumor de cerrojos juzga.
Sonará la aciaga hora
allá en la torre moruna,
dó la voz del almuedano
aún parece que retumba;
y del consagrado bronce
la querella moribunda

será mágica aldabada
que hiera en la puerta oculta.

VII.

Pero las opacas nubes
más y más el cielo enturbian:
crecen, y el ancho horizonte
en hondas sombras sepultan.
Calla el viento: horrible calma,
reina en la triste natura,
y ni el cárabo agorero
débil lamento susurra.
El manto que al mundo envuelve
tan solo espera que cruja
en su espalda el raudo azote
vendabal, con mano ruda.
Ya lo sacude: ya brama
de la esfera en las alturas;
ya desciende en luengos chorros
violenta y copiosa lluvia.
Abrasa el rayo el cabello
de las encinas copudas:
ruge el trueno resonante
y torna á rugir con furia;
y asorda el hueco recinto
de la garganta profunda,
cuyos cimientos retiemblan,
cuyos bordes se derrumban.
¿Qué hará el Jerif? como ceje,

á la entrevista renuncia,
y quizá el torrente hinchado
lo sorprenda en la angostura.
Si permanece, bien pronto
vendrá la linfa sañuda,
que las sierras comarcanas
á Guadalevin tributan,
y estrellado en los peñascos
la arena serále tumba,
sin que sus míseros restos
reposen en quieta urna.
¡Morir! y dejar la pátria
en horfandad y en angustia
cuando de tornarla libre
la aurora casi despunta!
¡Y de un amor execrable
enredado en la vil culpa
con la vergüenza en la frente
y en el pecho la amargura!...
Mas ¿sonará la campaña?
por fuerza su voz aguda
se ha perdido entre los truenos
y la esclava no la escucha
¡Oh furor!... Desatentado,
sin esperanza ninguna
salta el Jerif de la piedra
é impele la frágil fusta. (1)

(1). *Fusta*, embarcacion armada semejante á la *Pinaza* y *Carabela*. Usábase desde tiempo de Alonso *el sabio*.

«Así estaba escrito» exclama;
y el alquicel se encapuza:
«no merece el mal creyente
finar en sangrienta lucha.»
«Estaba escrito...» y el remo
con récia mano repulsa,
y el batel á su albedrio
entre vértices fluctúa.
«Estaba escrito» resuenan
las bóvedas de la gruta
y el fatídico alarido
vá á apagarse en la laguna.
Ya la tempestad recrece,
recrece la espesa lluvia;
mil rayos ciegan al moro,
si un relámpago le alumbra.
Sube el nivel de las aguas
con espantosa presura,
y un monótono ruido
el cáuce abajo retumba,
¡Es la avenida! los truenos
roncamente la saludan
y en ímpetu fragoroso
las demás nubes trastumban...
Ya aflojan: lejano el eco
un son diverso murmura...
¿Si habrá sonado en la torre
la voz del címbalo mústia?

Diciembre de 1836.

II.—Los baños de Galiana.

Vive el alcaide Cristiano
en el palacio de Hazem,
en el palacio africano
do Abomelique el liviano (1)
dicen que tuvo el harem.

Sus ámbitos señorea
de alta noche el gran capuz:
asaz llueve, asaz ventea,
y sólo una débil luz
en ancha escalera ondea.

Su destello macilento
fallece en un corredor
al umbral de un aposento,
cuyo morisco primor
es cosa de encantamento.

De cedro la alta techumbre
labrada de flores mil,
donde el zafiro y marfil
reflejan la viva lumbre
de candelabro gentil.

---

(1) Rey moro de Ronda.

Pavimento cristalino
de azulejos de colores,
do pintó pincel divino
de Moraima los amores
y el malhadado destino.

Atezada filigrana
orna la gruesa pared,
que con arte sobrehumana
semeja flexible red
de sutil seda murciana,

Do bordó piadosa mano
en uno y otro feston,
del Alcoran mahometano
mucha solemne inscripcion
que abomina el Castellano.

Hay de bruñido metal
espejos con marco fino;
y el mas ancho, de cristal
transparente, diamantino,
es una alhaja Real.

La rica alfombra, alemana,
y lo mismo los tapices
con recamos de oro y grana;
y en la arabesca ventana
leves vidrios de matices.

Dos pebeteros ardientes

perfuman la hermosa estancia,
y en nubecillas lucientes
alzan célicas fragancias
á los techos eminentes.

En marmóreo velador
al testero principal,
la madre del Salvador
con aspecto divinal
traspasada de dolor.

Y parece que Luzbel
su angustia escarnece fiera,
pues solo su dedo infiel
en el muro allí escribiera:
«No hay mas Dios que el de Ismael

Vaga por el aposento
una dama Castellana
en inquieto movimiento:
ya se asoma á la ventana:
ya se arroja en un asiento.

¡Oh cuan bella! su mejilla
cubre mortal palidez:
y con todo limpia brilla
bajo la ojera amarilla
la alba nieve de su tez.

Resplandeciente cabello

atezado cual la endrina;
galan y tornátil cuello;
aéreo talle que fascina
al descubrillo ó movello.

Pié breve: mano donosa;
de una reina el noble andar;
la garganta, tierna rosa
do la gasa pudorosa
no consiente penetrar.

¿Y los ojos, donde mora
el fuego del Mongibelo?
No sale en pos de la aurora
con llama mas vividora
el sol, por el ancho cielo.

Negros, rasgados, flecheros,
hijos del suelo andaluz
do crecen los limoneros;
do embalsama los oteros
hasta el vil almoraduz.

Templa su intenso fulgor
luenga pestaña sombría,
cual en bosque halagador
el jazmin con su verdor
la lumbre del mediodia.

Eso no vale al cautivo

que miró su ceño altivo,
ceño mágico, elocuente,
do crece el desden nativo
de su majestosa frente.

¡Oh Dios! si tanto conmueve
con solo su beldad ver:
¡ay! ¿qué será cuando mueve
el labio de rosicler
más fresco que el áura leve?

De la pradera el olor
en la mañana de Abril,
no tendrá tanto dulzor
ni hechizo tan seductor
como su acento gentil.

Y la mísera tristura
de su rostro y ademan,
más halago le asegura:
más aplace la flor pura
que doblegó el huracan.

Con cabos de azul turquí
en luenga ropa talar
viste cándido ormesí,
que el gorbion y el alamar
recaman aquí y allí.

En uno y otro color

su pura virtud retrata,
y el oculto torcedor
con que el pecho le maltrata
mal disimulado amor.

Pero arrecia el temporal:
más llueve y relampaguea;
á un trueno descomunal
la cámara se cimbrea
y ella salta del sitial.

«¡Con que vá á morir, exclama,
y á morir lo traigo yo!
la muerte á los dos nos llama...»
Así prorumpe la dama
y las manos se torció.»

Arde súbito carmin
en su anegada megilla
do corre llanto sin fin,
y trémula se arrodilla
del velador al confin.

«¡Vírgen pura, madre mia,
Sagrada Vírgen María
tu no me abandonarás!
Al alma que en tí confia
¿la abandonaste jamás?

»Tú, madre del verbo santo,

de los cielos alegria,
mira mi dolor y llanto;
piadosa Vírgen María
ampárame con tu manto.

»Mira la angustia tenaz
que el corazon me devora
¡ay! tu lo ves sin disfraz:
he sido muy pecadora
tu perdon dáme y tu paz.

»Y acorre al desventurado
que no me atrevo á nombralle.
¿No murió el Crucificado
por todos los que en pecado
respiran en este valle?

»¿Cuál será, madre amorosa
su cruda tribulacion?
¡Qué muerte tan desastrosa,
si tu mano poderosa
no le toca el corazon!

»Él no tiene mas delito
que no conocer tu fé;
y ahora muriera precito;
mañana tu luz le dé,
y fine humilde y contrito.

»Tú, de afligidos consuelo,

tú, Vírgen de los Dolores,
serena el sañudo cielo
que allá en sus justos rigores
amenaza hundir el suelo.

»Devota siempre te fuí
con amor del alma mia:
si el buen camino perdí
el castigo caiga en mí
en mi sola, Vírgen pia!

»Ya amaina la tempestad...
y acaso la triste hora...
á la torpe iniquidad
yo la consagré, señora,
y tú á la dulce piedad.

»Oye mi ruego ferviente
que el corazon me lo dice...
Si ha perdonado el torrente
la vida del inocente,
¡oh! mil veces yo felice.

»Entonces te juro yo
por la sangre del cordero...»
Doña Blanca aquí llegó,
cuando á la puerta sonó
un rumorcillo ligero.

—¿Eres tú, Zelima, dí?

¿hás abierto? ¿dió la hora?
—Señora, la puerta abrí:
está en salvo, sí señora,
que con mis ojos lo ví.

La esclava así respondió
y para entrar se adelanta;
Doña Blanca lo vedó:
no profane impura planta
el lugar en donde oró.

Despide á la confidente
en ademan desabrido
y manda que diligente
le diga al moro escondido
ser forzoso que se ausente.

Pero la infiel sorprendida
humilde la representa
que ora sube la avenida,
que la difícil salida
cierra la linfa violenta.

¿Y la palabra que diera?
¿Y de Alhamar la esperanza?
¿Y el peligro que corriera
y las cosas que debiera
ella hablarle en confianza?

Y que en despidiendo así

al amartelado moro,
ha de llegar hasta allí,
riesgos rompiendo y decoro:
¡que está muy ciego el Jerí!

Indecisa y azorada
y con paso vacilante,
váse en pos de la criada
la doncella enamorada
en busca del tierno amante.

Por la inmensa galería
y por la escalera umbría
vuelan con tácito pié,
y la seda le crugía
á la que detrás se fué.

Del medroso peristilo
en el silencio profundo
parecen al pié de un tilo
dos sombras del otro mundo
que vienen buscando asilo.

El centinela las vió
y requiere el arcabuz:
una oracion murmuró;
las espaldas les volvió
é hizo el signo de la cruz.

Y así pudieron entrar

por el ancho boqueron,
que en la piedra secular
el arábigo teson
supo obstinado labrar.

¡Quién pensara que la entraña
de aquella mole de roca
cual los nudos de una caña
rompiera la gente extraña
y le abriera doble boca! (1).

La inferior en el abismo,
besando al Guadalevin;
la otra al opuesto confin,
al nivel del patio mismo
en los cuadros del jardin.

¡Y qué andén tan espacioso
el que cavaron adentro!
¡Cuánto retrete curioso,
y en el magnífico centro,
qué salon tan asombroso!

Tiene la mansion severa
allá cerca de los techos,
tal cual opaca lumbrera,

(1) Los moros llamaban á este subterráneo *Los baños de Galiana;* hoy se le dá vulgarmente el nombre de *Casa del Rey moro.*

que ministra luz á trechos
en la anchísima escalera.

De vez en cuando un escaño;
de bronce cada escalon;
y por un arcano extraño,
tantos escalones son
como soles cuenta el año.

Fabricó esta maravilla
un caudillo almoradí,
arrojado de Castilla,
y á su dama por servilla
los baños le puso allí.

Era hermosa Galiana
antojadiza y liviana:
vido el agua de la mina (1).
y agradóle por lo sana,
lo fresca, y lo cristalina.

Y de la cumbre al cimiento
he aquí que horadan el Tajo.
¡Oh sórdido monumento!
¡Oh vergonzoso trabajo
para tan mezquino intento!

(1) Fuente que nace al pié del Tajo como de la boca del subterráneo.

Pero las moles del Nilo
¿no son arcas de gusanos?
¿No se derrama hilo á hilo
la sangre de los humanos
ante un déspota tranquilo?

Y mucha tambien humea
en la escalera ferrada;
que en cautivos se acarrea
arriba, el agua preciada,
y mueren en la tarea.

Y hay una cruz en la haz
de la bóveda ominosa,
que en la subida tenaz
la grabó Pedro Alcaraz
y dicen que es milagrosa;

Porque la piedra cedió
al impulso de su dedo:
y un musulman que lo vió
henchido de santo miedo
á la fé se convirtió. (1)

De aquel lugar ha pasado
ya la arrojadiza esclava,
que con hachon inflamado

(1) Histórico.

en el brazo levantado,
á la señora guiaba.

Blanca, apenas alentando
por el caracol horrendo
se vá en la mora apoyando,
oprimido el pecho blando
y con ímpetu latiendo.

Y retumba su pisada
por el recinto sonoro,
y la metálica grada
barre la enagua bordada
con lentejuelas de oro.*

Alhamar las ha sentido
que en el gran salon está;
salta del cogin mullido:
hácia la puerta ha corrido
y á la puerta llegan ya.

El moro trémulo abrió:
rueda el cedro sobre el bronce;
Blanca á sus plantas lo vió
tras el rechinar del gonce,
y en poco se desmayó.

«Sultana,—dice el Jerí
con voz entre dulce y fiera;—
no te asustes del Monfí

que en tí los ojos pusiera:
hélo arrodillado aquí.

»Si la gratitud te amarga
por aquello del robledo,
sacude esa grave carga:
era tu vida más larga:
lo escribió Alá con su dedo!

»Y por cualquiera mujer
hiciera lo mismo yo:
satisface á mi deber;
el tuyo es aborrecer
la raza que Agar crió.

»Ora fuera mi ataud
ese torrente voraz,
¿y á quién debo mi salud?
sacude esa gratitud:
ya estamos los dos en paz.

»Y arroja al proscrito vil
á devorar su baldon
entre la turba servil,
que dá quejido flebil
de las cadeñas al son.

—Sultana...—«Detente moro,
le interrumpió la señora.
¿Para calumniar mi lloro,

para ultrajar mi decoro,
te has arrodillado ahora?

»¡A este seno de dolor
dictar sus impulsos quieres
con insensato furor!
¿Y tú mismo, dí, señor
de tus sentimientos eres?

»No pensara yo escuchar
en esta horrorosa noche,
despues de tanto penar,
Jerif, tu crudo reproche:
¿á eso vine á este lugar?

»Mas no perdamos los dos
un punto en inútil queja.
Mil peligros traes en pos;
rompe tu infausta madeja,
huye al Africa, por Dios!

»Alhamar salva tu vida,
salva á tus deudos y amigos:
una hueste muy crecida
llegó de tus enemigos
y aparejan la partida.

»Cerca emboscados están
y te buscan vivo ó muerto:
muy de mañana saldrán...»

—«¡Mañana! tarde por cierto,
antes tronará el volcan!»

Dijo el Jerí, y centellea
su torva vista abrasada:
convulso el cuerpo menea,
empuña el arma acerada,
que al récio golpe blandea.

Y á la aterrada doncella
que yace en un almohadon
le prende la mano bella,
pone los lábios en ella,
la oprime en el corazon.

—«¡Ah! perdona la locura
del mísero que te adora;
¿si vieras mi desventura?
¿si supieras la tortura
que mis entrañas devora?

»Mira, vírgen inocente:
yo á tu raza aborrecia
con encono mas ardiente
que el rayo que el sol envia
en el Desierto inclemente.

»Y desque por tí me muero
yo no soy aquel que era:
no soy el proscrito fiero;

no quiere arder esta hoguera
con el pábulo primero.

»Mas la atizan tus hermanos,
y los hijos de Ismael,
y los hados inhumanos;
y nadie puso las manos
á templar su ardor cruel.

»Ya no es tiempo: ya rehuir
atrás, no puede la planta:
quiero la estrella aplaudir
que me empuja á la garganta
donde me voy á sumir.

»¡En la tumba!: solo allá
apagaránse las llamas
do mi pecho ardiendo está:
doncella; si tu me amas
no lo digas, por Alá.

»La duda que abrigo aquí
esa es mi solo consuelo:
si tu me amaras á mi,
muriera, execrando al cielo
que me rechaza de tí.

»Nos divide un ancho mar
y la sangre hierve en él:
¿lo quieres tu navegar,

hija del rico vergel?
¿quieres en el yermo errar?

»Si tu quisieras unir
tu suerte á la suerte mia...
mañana voy á morir:
mañana no moriría:
era forzoso vivir.

»Y tras el crudo vaiven
que amaga el suelo andaluz
de la Alhambra en el haren
yo guarneciera tu sien
con la corona de Habuz.» (1)

Así habló, y á la cristiana
con entusiasta expresion
alza del cogin de grana
y la asoma á la ventana
del altísimo balcon.

Ya ha cesado la tormenta;
ruge menos el torrente;
el áustro apenas alienta;
purísimo azul ostenta
la esfera allá en el Oriente.

(1) Habuz-Aben-Habuz, fundador del Reino de Granada.

--«¿Ves, Blanca, como fulgura
en ese estrecho horizonte
una lumbrarada oscura?
Esa es la señal segura
que dan los hijos del monte.

»Segunda vez centellea
y ya en el ancho rodeo
de toda la sierra ondea.
¿Puede haber mas digna tea
para un hermoso himeneo?

»Si aduna amor en sus lazos
tu seno y el seno mio,
¿quién podrá hacerlos pedazos?
solo de la muerte el frio:
ven, arrójate en mis brazos.

»Hurí del cielo hechizada!
ya la linfa despeñada
afloja el recio murmullo.
de tortolilla cuitada
casi parece el arrullo.

»Ella te convida así;
atravesémosla luego.
Del cielo divina hurí,
si tu adoras al Jerí
escucha su blando ruego.

»Yo dividiré contigo

el imperio soberano,
ó de una palma el abrigo:
¡gacela del verde llano,
huye al Desierto conmigo!»

Como en el árbol la hoja
temblaba la triste dama,
y con la interna congoja
copioso llanto derrama
y mil sollozos arroja.

Y en acento interrumpido
y en balbuciente expresion
prorumpe tras un gemido:
—«¡Infeliz!, ¿á qué has venido:
á abreviar mi perdicion?

»¡Yo mísera! te llamé:
oh, torpe locura mia!
¿he de abandonar mi fé?
¿mis sienes afrentaré
con horrenda apostasía?

»En el claro resplandor
del linaje que me honra,
¿cabe mancilla mayor?
¿Quieres tambien su deshonra?
¡Ay! ¿no te basta mi amor?

»¿Mi madre, ¡oh Dios! para eso

me amamantó en su regazo
y me brindó dulce beso?
¡Oh muerte descarga el brazo
que me alivie de este peso!

»¿No te lastima, inhumano,
mi cruda angustia mortal?
¿Tambien con furor insano
oprimirás el dogal
que labró tu propia mano?»

--«¡Oh placer! ¡oh desventura!
murmuró el moro transido
de regalada tristura;—
«flor deliciosa, flor pura
que dulce aroma has vertido.

»¡Qué dulce y qué venenoso
huye su encanto siniestro,
¿no ves que mi ruego ansioso
reclama del sino nuestro
el cumplimiento forzoso?

»Cede á su ley misteriosa,
¡ay! cede á su ley por Dios!
¿pues qué, en la esfera ominosa
que nos cobija á las dos,
no habrá una estrella lumbrosa?

»Sí, que su luz de esperanza

ya bañó la adusta sierra:
mira: honor y bienandanza
gana el que vence en la guerra
y en torno de sí los lanza.

»Mis hermanos triunfarán:
yo te lo juro, señora,
por el sagrado Alcoran.
Tu serás la valedora
del castellano en su afan.

»Rompidos verás mañana
los pesados eslabones
de la coyunda tirana
¡oh! cuanta sangre cristiana
regará aquellos peñones.

»Los que fáciles laureles
cogieron en el Genil
cuando eran blandos donceles,
ahora en edad varonil
traerán pesados broqueles.

»Yo quiero probar su aguante:
fuerte será el del caudillo;
él recogerá mi guante,
que hay un voto por delante
y es necesario cumplillo.

»Y por tí me da pesar;

yo seré muy generoso...»
La doncella de Aguilar
dió un lamento pavoroso
y ha enmudecido Alhamar.

—«¡Desventurado! exclamó,
¿sabes que en la cruda lid
que el lábio tuyo mentó,
el padre que me enjendró
será el cristiano adalid?

»¿Y mi hermano idolatrado,
el tierno, el gentil Garzon?
¡malhadado! ¡malhadado!
¿sabes que me has desgarrado
las alas del corazon?»

Como piedra que no siente
inmóvil quedó el infiel
fijos los ojos al frente;
rueda en su mejilla ardiente
una lágrima cruel.

Con yerta fisonomia
así clavado en la roca
á la débil luz que había,
ángel malo parecía
que bruja infernal evoca.

Un gran espacio corrió;

él vuelve del paroxismo:
á un ángulo se arrimó
y al opuesto señaló
donde hace Blanca lo mismo,

Prolongado aliento espira
allí en la hueca pared,
y luego el lábio retira,
y con angustiosa sed,
por escuchar, ni aun respira. (1)

Al imperioso conjuro
la triste dama obedece,
y aplica su lábio puro
en el hechizado muro,
y al acabar, desfallece.

Está la sierva acechando
y ni una razon oyó
de lo que van murmurando,
ni el rumorcillo más blando
en la cuadra se sintió.

Vuelve el cárdeno semblante
Alhamar por vez postrera
á mirar la tierna amante,
y con planta vacilante
salió de la sala afuera.

(1) Esta sala es de secretos.

Rebramó el raudal sañudo
allá en la profunda charca,
cuando del cuerpo membrudo
el peso y el golpe rudo
sintió la sonante barca.

Y arranca á la virgen ya
del sitio infausto Zelima
que pronto el alba vendrá
y ha de madrugar la prima
porque su alcaide se irá.

Y al subir por la escalera
un alarido estalló;
y fué la voz lastimera
de ave nocturna agorera
que dos veces retumbó.

Ronda Enero de 1837. (1)

(1) El autor se sabe que dejó escrito algo más de la tradicion, aunque nunca hay noticia de que la concluyera, pero no hemos podido hallar sino la parte que publicamos.

COMPOSICIONES VARIAS

Un sáuce.

Ya se anubla la esfera en el Oriente;
ya en el ocaso el sol triste se abisma;
leve celaje rebozó su frente
de oro y de grana en matizado prisma:
De la serena luz risa postrera
postrer aliento del cansado dia,
que se consume en moribunda hoguera,
y su flébil adios al mundo envia.
Entre vapores despuntó livianos
la prestigiosa, la callada hora
que junta de la noche los arcanos
con los destellos de la blanca aurora.
Aquí contemplo en la florida cumbre
que el ancho parque en torno señorea,
en vaga sombra y en dudosa lumbre
la natura morir que me rodea.
Allá se esconde en luenga lontananza
la excelsa villa, de Isabel asiento,
y el ojo que á sus torres se abalanza,
pierde á cada mirada un monumento.
Se hunde más lejos la feroz cumbrera
de Guadarrama en lóbrego horizonte;
la tiniebla creciendo por do quiera
devora el valle y el erguido monte.

Triunfó la noche; mi pupila umbría
que de la tarde se abrevó en la escena,
ansía los rayos de la luna fria,
que coloren del bosque la melena.
Del sol, despierta, soñolienta hermana:
álzate, antorcha del fulgor tranquilo;
la falleciente luz que de tí mana,
me alumbre del vergel en el asilo.
Que voy errando ya por la maleza
y medito en mi cruda desventura:
¡ay! ven; derrama plácida tristeza
en un pecho abrevado de amargura...
Y el astro en pos de clara estrella asoma
del firmamento en el azul riente,
y las flores exhalan nuevo aroma,
y murmura más dulce la corriente;
Y lanza el ruiseñor blando gorgeo,
y el áura espira arrullo cariñoso,
y la floresta en mórbido meneo
vibra las hojas de su seno umbroso.
Así revives, plácida natura,
y sollozando en tiernas armonías,
así te aprestas de la noche oscura
á gozar las calladas alegrías.
El rayo de la mágica lumbrera
entre las ramas del jardin vacila;
ved del lloron la muelle cabellera
que á torrentes lo bebe y lo destila.
Él resbala en su tronco giganteo
y la corteza retorcida baña,

y en vislumbres de tibio centelleo
su verdeciente bóveda enmaraña.
Y parece una y otra tersa hojuela,
mecida al soplo del lascivo ambiente,
enjambre de luciérnagas que vuela
luciendo con fulgor intercadente.
Y así el doble color de tu cabello
y el puro aljófar que tu sien recrea,
en varia llama inundan, sáuce bello,
la atmósfera que en torno te rodea.
¡Oh encanto, encanto que en el alma cria
visiones tristemente halagadoras!
Altar de la flebil melancolía
eres ¡oh sáuce! que en el huerto lloras.
¡Ay! no el recinto que tu copa escuda,
profanaré con paso temerario;
aquí, apartado entre la breña ruda,
contemplaré tu mágico sagrario.
¿Quién sabe los misterios que atesoras
bajo el dosel de tus pimpollos denso?
¿Quién sabe, oh sáuce, que en el huerto lloras,
si arde en tus aras escondido incienso?
¿Quién, si una ofrenda de abundoso llanto,
corre á deshora por tu tronco frio,
cuando más negros de la noche el manto
sus pliegues desenvuelve en el vacío?
Allá interrumpa del dolor el culto
postrer amparo al corazon doliente
con sacrílega risa y torpe insulto
el hombre imbécil que el dolor no siente;

Que yo avezado al temporal mundano,
movido al soplo del destino injusto,
á venerar me adoctriné temprano
del infortunio el sacerdocio augusto.

Arbol añoso, que en tu tierna infancia
creciste al par del bosque primitivo,
donde acosó del moro la arrogancia
entre el jaral al oso fugitivo;

¿Cómo burlaste la segur impia
que en tus hermanos hizo crudo estrago?
¡Oh, cuántas veces contra tí alzaria
su airado filo en pavoroso amago!

Y vives hora, y tu flexible rama
la fugaz rosa á saludar se inclina,
y juega en torno de la humilde grama
y descuella mas alta que la encina.

¿Guardas, oh sáuce, guardas la memoria
de las edades que por tí han corrido?
¡De mil desdichas la ignorada historia
salvar pudieras tú del triste olvido!

Tú, de los infelices confidente,
cuéntame las pasadas amarguras;
dime del lloro y del gemido ardiente
que acogiste en tus bóvedas oscuras.

¿Ese murmurio que tu copa suena,
eco será de sollozar ageno?
¿esas perlas que vierte tu melena,
lágrimas que bebió tu blando seno?

¿Entre los surcos de tu tronco anciano
geroglíficas páginas archivas?

¡Ay! dame descifrar algun arcano
de esos que al vulgo despiadado esquivas...

—

Mas ¿qué hechizado quejido
á tus plantas, sáuce, mana?
Jamás halagó mi oido
acento de arpa lejana
con tan plácido sonido.
Ni de la fuente el murmullo,
ni de tórtola el arrullo,
ni del ruiseñor el canto,
ni olor de tierno capullo
inspiran más dulce encanto.
¡Otra vez!... y se derrama
blandamente en la espesura
y la conmueve y la inflama,
y no hay pimpollo ni rama
que no gima con tristura.
Los ojos clavo embriagado
al pié del árbol frondoso,
y en celaje nacarado
vagamente bosquejado
miro bulto vaporoso.
¿Será el génio del dolor
que leve queja murmura
con prestigioso dulzor,
y despierta la natura
y la enciende en santo amor?
¡Un suspiro lastimero
moribundo y hechicero

al pié del sáuce á deshoras...!
...¡Adios, oh sáuce que lloras,
yo tus misterios venero!

Madrid 23 de Agosto de 1839.

En un album.

Con encantado pincel,
pinta una rosa, pintor,
que tenga vida y olor
y se salga del papel.

—

En su tallo verdeciente
de la brisa á los arrullos,
rojos broten dos capullos
entreabiertos blandamente.

—

Y del album elegante
en la página mejor,
ornado de tanta flor,
pon el ramo rozagante.

—

De este emblema vivo y mudo,
nadie te arranque el arcano;
el torpe, que sude en vano,
y que adivine el agudo.

—

Mas si Felipa te apura,
entonces, humilde dí:
—«De tus hijas y de tí,
retratos en miniatura.»

Meditacion en Marchena.

Vaga, pintado reptil,
en esa gótica almena
la de figura gentil;
profana las torres mil
que circundan á Marchena.

—

Las torres que espanto un dia
pusieron al agareno,
ahora en su cumbre vacía
ayes la lechuza envía,
y á su planta corroe el cieno.

—

Se derrumban sordamente
grano á grano en la llanura
cual ceniza delincuente
á quien justicia inclemente
le niega una sepultura.

—

Nunca sabrá el porvenir
la fecha de su desmayo,
por ellas vendrá á jemir:
morir heridas del rayo
era más digno morir.

—

En prolongada agonia
mi corazon así muere;
¡ay, siempre la suerte impia
que á tantas víctimas hiere,
desdeña la vida mia!

—

¡Hijas del tiempo feudal!
Por eso lástima os tengo;
por eso mi crudo mal
un lamento funeral
de noche á contaros vengo.

—

Y en la tiniebla sombría
vertiendo lágrima fría
se siente el alma mejor,
porque la melancolía
embota el dardo al dolor.

—

¡Oh! misterioso consuelo
siempre del interno duelo
música fuiste callada
que da al infortunio el cielo
y entristece al par que agrada.

—

Nacida de la ternura
en pechos que á padecer
consagrára la natura,
eres cual memoria oscura
del ya perdido placer;

—

Y en la noche de la vida
crepúsculo de esperanza,
que á mi vista dolorida
dibuja en sombra querida
vislumbres de bienandanza.

—

Tú razonas el afan
con accidentes de gozo
y aduerme tu talisman
el crudo interno volcan
cuando amaga más destrozo.

—

Quien tu bálsamo no sienta
¡oh, cuán infeliz será!
Siempre la garra sangrienta
que en el triste se apacienta
su pecho devorará.

—

No pido á Dios la ventura,
que no vuelve cuando huyó;
no la paz de tumba oscura,
que despiadada negó
mil veces á mi amargura;

—

Ni el alivio lastimero
de reposo indiferente,
de descanso torpe y fiero;
vivir cadáver no quiero
en medio un mundo que siente.

—

Tu amparo tan solo imploro
¡oh, dulce melancolía!
Tu clemencia ¡oh Dios! adoro,
si nunca en el alma mía
secas la fuente del lloro.

—

Asi cuando el corazon
vaya á helarme, horrible calma,
tendré de mí compasion,
le pediré llanto al alma
para engañar mi afliccion

—

Y en solitaria ruína
donde el cárabo agorero
lance con voz mortecina
alarido lastimero
posado entre adusta espina.

—

Al destello falleciente
de enlutada opaca luna
que ciña en nubes su frente,
de mis ojos la corriente
consagraré á mi fortuna.

—

Y aliviado de mi pena,
y con semblante flebil,
recordaré de Marchena
la parda gótica almena
donde vagaba el reptil;

—

Y la torre que abrigára
mi lamentable quebranto
y mis ayes escuchára,
aqueste apacible llanto
dulcemente me inspirára.

Marchena 24 de Noviembre de 1838.

De un juez, á la mujer de un alcalde.

Benévola simpatía
me decís que os inspiré,
y vive Dios que no sé
que extraño motivo os guía.
La flaca persona mia,
que el arancel despiadado
más y más ha espiritado,
no sirve para el intento:
idos al Ayuntamiento
y en paz dejad al Juzgado.

A la Reina Cristina. (1)

ODA

Del Hacedor la mano omnipotente
se muestra al hombre altivo
que la adora con labio fervoroso,
y besa el polvo con humilde frente,
cuando la tierra, que el ardor estivo
agotara de Febo luminoso,
baña nube fecunda
en bienhechor rocío y suspirado;
ó si despues que el alto monte y prado
en agua y luz la tempestad inunda
de esmeralda y diamante
sus alas tiende el Iris ondeante.

---

(1) Esta Oda se encuentra entre otras composiciones de los Sres. Bueso, Rios Rosas (D. Francisco) y Hue en un folleto impreso en Madrid, Febrero de 1833, imprenta de D. T. Jordan. La coleccion se titula «La Musa de Guadalevin» y fué dedicada por el *amor y gratitud de la Tertulia literaria de Ronda á la Reina nuestra Sra. (Q. D. G.) en celebridad del feliz restablecimiento de la salud del Rey nuestro Señor, y de los benéficos decretos de su Augusta Esposa.*

Y de los Reyes el dosel augusto
bendicen las naciones
y el cetro de salud y de ventura,
cuando el poder, depuesto el ceño adusto,
cautiva los humanos corazones
de amor el lazo que peremne dura;
en el benigno lazo
que atrás es dado á la clemencia solo,
á esa deidad que de uno al otro polo
y hasta de la discordia el torpe brazo
la sangre redimiendo
do teñirse anhelára el mónstruo horrendo.

¡Ay! Lo ví por el hispano suelo
agitar furibundo
la cabeza de víboras crinada,
y la tea del rencor; y en raudo vuelo
emponzoñar con el aliento inmundo
del rudo campesino la morada
y el alcázar erguido;
y ante el ara de Temis inocente
lanzar los torvos ojos imprudente
al sacerdote austero estremecido,
y en la justa balanza
el acero arrojar de la venganza.

¡Ay! lo ví yo insultar tu mansedumbre
cordero sin mancilla
que indulgencia y amor al hombre ordenas;
y manando en horrible podredumbre

el labio canceroso y la mejilla
y la sangre brotando de sus venas
invocaste tembloso
en desesperacion atroz rugiendo;
y á su mansion sagrada no pudiendo
llevar la planta y el semblante odioso,
con el diente nefario
los umbrales morder del santuario.

¡Nada su furia hartó! Y en vano gime
la pátria dolorida
que sus hijos sañudos despedazan.
Del que triunfára ayer la frente oprime
hoy el que ayer debió al azar la vida;
y más muerte y más luto entrambos trazan.
¡Ceguedad execrable!
Generacion sin ley, al pueblo fiero
que llenó de pavor el orbe entero
domando el agareno detestable
y el ignorado indiano
y del Sena, aherrojar, pudo al tirano,
¿Osais precipitar con rabia impía
al abismo sin suelo,
que envidioso el destino ya le abriera,
para que venga en animoso dia
el bárbaro á gozarse en nuestro duelo;
y el baldon á vengar que recibiera,
y profane su arado
de las paternas tumbas el decoro...?
«No será, no será» clama en sonoro

acento por doquier, y alborozado,
su fama voladora
desde el lecho del sol hasta la Aurora.

¿Escuchais? ¿O el anhelo me alucina
con demencia halagüeña,
hechizando mi espíritu entusiasta?
No, no, que ya Cristina
al ibero feliz vuelve risueña
la dulce faz y la mirada casta,
donde todavia dura
la huella triste de la cuita y susto,
(que el mal le diera del Esposo augusto),
por que luzca más viva su hermosura
y su amor devorante
del orbe hispano al poderoso Atlante.

Él, suspendió el horroroso amago
de la parca inclemente.
Todo sonrie á la consorte tierna,
y le encomienda con honesto alhago,
y con desvelo y confianza ardiente
la dicha de los pueblos que gobierna.
Miradla sobre el Trono
excelso de Isabel con firme planta
hollar del mónstruo la feroz garganta.
Y en triunfador y delicioso tono
concordia proclamando,
paz venturosa paz, ir derramando.

Y consuelo tambien ¡ay afligidos,

que en la mansion penosa
del crímen, arrastrais larga cadena
en eternal oscuridad sumidos:
no anheleis ya morir! La puerta odiosa
sobre el quicial inmóvil ya resuena:
ya, ya la vírgen pura
llora abrazada con el padre anciano,
y el hermano ya estrecha al dulce hermano;
y en el recinto que la voz impura
oyó solo del vicio,
la virtud habla con feliz auspicio.

El mísero proscrito, que vagara
fugaz de clima en clima,
no hallando á su dolor ningun asilo,
torna sus pasos á la pátria casa;
los vacilantes pasos que reanima
el ánsia de llegar: ¡Surque tranquilo
tu poderoso imperio
su nave ráuda, bramador Neptuno,
y el aquilon y el abrego importuno
yazgan en saludable cautiverio,
hasta que Hispana orilla
hiera con suavidad la leve quilla!

¡Júbilo! ¡Parabien! ¡Oh, dadme flores,
dad con profusa mano;
ceñid mi sien de oliva cariñosa,
alzó la gratitud tiernos loores
con limpio corazon y labio ufano

do la llama voraz de amor reboza!
El patriotismo ardiente
tambien los alce al vagoroso viento,
en lágrimas tornando de contento
el crudo lloro del afan reciente,
y el penado sollozo
en clamores de gloria y alborozo.

¡Oh, Píndaro español, ya se ha cumplido
tu fausta profecía,
y de la madre pátria la esperanza
ya nació del enlace esclarecido
prole de bendicion, y en pos envía
propicio el cielo paz y bienandanza!
¡Oh, quien me diera ahora
de tu inspirado pecho el estro santo,
para ensalzar con generoso canto
el don de la inmortal restauradora;
y con voz duradera
vencer de las edades la carrera!

Cantadla, alumnos de la sacra Clio
en cítara de oro:
no ensalces su beldad; no de Minerva
el alma culta con sublime brio,
por ella vuelto á su primer decoro;
ni las altas mercedes que reserva
á Mercurio fecundo
y á Ceres inocente y afanosa;
cantad de su clemencia

los prodigios tan solo que vió el mundo
con improviso pasmo
y aplaude ardiendo en mágico entusiasmo.

Decid, que en derredor del sólio unidos,
del piadoso Fernando
todos los españoles á la hermosa
fraternidad antigua reducidos,
bendicen á una vez su cetro blando,
y le adoran en manos de su esposa.
¡Salve! decid mil veces;
salve, decidle, madre idolatrada
del imperio español; tu que adorada
con lauro inmarcesible resplandeces
por tu virtud divina,
¡Pia, fortunada, celestial Cristina!

El aura y la flor.

Entre el verdor esplendente
que al prado alfombra gentil,
eleva su roja frente
respirando aroma ardiente
lozana rosa de Abril.

—

En su aliento se embriaga
lasciva brisa sonora
que en torno del rosal vaga,
y en leve soplo, la halaga,
y en dulce gemir, la implora.

A una fuente.

Serena noche de estío,
tan serena como oscura,
del firmamento desciende
y el vergel en torno inunda.
De la callada arboleda
por la cabellera adusta,
colgado en pliegues inmensos
su negro capúz fluctúa;
negro capuz y pesado,
que así el triste suelo enluta
cual del infeliz al pecho
desesperacion profunda:
porque ni aun lejos asoma
entre la tiniebla ruda,
liviano fulgor de estrella,
ni tibio rayo de luna.
En balde rechaza el ojo
de las sombras la espesura,
sombras que palpa la mano,
y que las sienes abruman.
Hundida en letargo torpe
desfallece la natura,
y sus alas temerosas
recoge el aura nocturna.

No ladra el can vigilante,
no suena la esquila aguda,
y ni el cárabo agorero
débil lamento murmura.
No llueve fugaz rocío
que agite las hojas mustias,
ni el vuelo de flaco insecto
entre los árboles zumba.
¡Oh silencio pavoroso,
ancha lobreguez augusta!
¡La eternidad será inmensa,
callada será la tumba!
Soledad donde me abismo,
¡ay! ¿por qué yaces tan muda,
sin que un eco ni un murmullo
tu adusto sueño interrumpa?
¿Será que el diciembre eterno,
que al polo invernizo abruma,
á deshora en tu regazo
su letal aliento infunda?
Mas un trémulo ruido
se percibe en la espesura...
¿Es el ruiseñor medroso,
que dulce cancion preludia?
¿Es el vagoroso ambiente,
que en las hojuelas menudas
vá sacudiendo el rocío
de sus alas mal enjutas?
No: que el ruiseñor del parque
gime con menos ternura,

y el ambiente de la noche
no tan plácido susurra.
Y luego, perenne brota
tras la misteriosa gruta
esta voz inagotable,
que blandas quejas arrulla.
«¡Oh fuente, mágica fuente,
que entre las cañas circulas,
arpa eterna del verano,
que el valle suspenso escucha;
¿por qué con metro inefable
alterna en tus ondas puras
el ¡ay! del placer alegre
con sollozos de tristura?
Tras un ruiseñor gorgeo
un penado son modulas,
y al morir uno en el bosque
otro nace de tus urnas.
En concierto misterioso
la humana dicha dibujas
do en el fondo del deleite
el dolor siempre despunta.
¡Oh cadena incomprensible,
fatal cadena y oculta,
cuyos graves eslabones
ciñe toda la natura!
¡Y con teson insensato
el hombre en romperlos lucha,
y saca en las manos sangre,
y en el pecho fiera angustia!

Y tras su tormento llora,
y en las soledades busca
á sus lágrimas consuelo,
enseñanza á su locura.
Y oyendo el canto del agua
sus turbios ojos enjuga,
y bebe la vida en ella,
cual flor del ábrego mústia.
Melancólica corriente,
que regalas tierna espuma
de tu márgen halagüeño
á los jazmines y murtas;
melancólica corriente,
que el rayo de blanca luna,
y el fulgor de las estrellas
y el azul del cielo hurtas;
tú que fantásticos himnos
entre las guijas preludias,
¿en dónde, dí, los aprendes,
que tan fugaces los mudas?
Sigo tu raudal humilde,
cuya armónica dulzura
se quiebra en las espadañas,
en las arenas se anuda,
y ora el trino de las aves,
ora el eco de las grutas,
ora el vibrar de los ramos
remeda en voz moribunda:
y á veces brota un suspiro
entre su lecho de juncia,

leve, sutil, cariñoso,
cual recuerdo de ventura;
aéreo, divinal suspiro,
que en el corazon retumba,
y del coro de los astros
lo sublima á las alturas.
Así, corriente piadosa,
tú dentro el alma inoculas
del infinito y la muerte
la contemplacion profunda.
Así, corriente piadosa,
tú del dolor la amargura
con los misterios del cielo
regaladamente endulzas.
Así el espíritu vuela
hasta las regiones puras,
do el alarido mundano
en balde á elevarse pugna;
y cavilando se mece
en meditacion oscura,
y del tiempo venidero
el vago rumor escucha;
y de ensueños inmortales
labra madeja confusa,
do leves hilos desata,
do leves hilos anuda;
y engarza en los más sutiles
ilusiones de ventura,
aljofar que el sol deshace,
y flores que el viento insulta;

flores al fin, que la senda
embellecen y perfuman,
aljófar que al seco prado
promete rica verdura.
¡Oh nunca me desamparen,
siquiera espinas encubran,
siquiera el yermo inclemente
el césped no alfombre nunca!
Vívanme mis ilusiones,
y ultrájeme la fortuna,
que no desmaya el piloto,
mientras el faro le alumbra.
Tú, que tierna las halagas,
sagrada fuente y oculta,
y en tus raudales las meces,
y las guardas en tu urna,
si en tus recónditos senos
en mal hora se sepultan,
otras dame más suaves,
que me acaricien y nutran.
A implorártelas humilde,
en medio la noche oscura,
vendré con furtiva planta
á la misteriosa gruta.
Y el espejo reluciente,
y la virginal espuma,
y el hervidero del agua,
y su murmurio y frescura,
con santo recogimiento
adoraré entre las murtas,

porque se goza en el culto
pecho que el dolor fecunda.
Yo esconderé del impío
á la sacrílega burla
el hospitalario albergue
que con blanda huella surcas.
¡Nunca á mi afan lo rehuses,
sagrada fuente y oculta,
arpa eterna del verano,
que gimes en la espesura!»

Madrid, Agosto, 1839.

A la torre de Santa Maria de Marchena.

Torre de Santa Maria,
del alto alcázar señora,
tú que en la noche sombría
y al nacer el claro dia
alzas plegaria sonora;
Oh torre de filigrana,
¿sabes tú quien te dió el ser?
¿Ese nombre de cristiana,
te lo pusieron ayer?
¿te lo quitarán mañana?
¿Quién ántes el aire vano
hirió en tu armónico seno,
y eco despertó lejano?
¿El grito del almuedano,
ú el bronce del nazareno?
Bien lo dice tu apostura,
que en esta atmósfera pura,
en esta atmósfera azul
un minarete figura
arrebatado á Estambul;

Un castillo de coral,
que del piélago ondeante
en el profundo cristal
como vision ideal
vió nacer el navegante;
Fantástico monumento,
que una maga fabricó
para algun encantamento
en las regiones del viento,
y allí cual pluma voló;
Hecho de vapor sutil
de celage trasparente,
teñido en los visos mil
que dibuja el sol de abril
en el risueño occidente;
Calado cual rico velo
en garganta de española,
luciente cual terciopelo,
reverberando en el cielo
con su color de amapola.
Obra de primor divina
que en el éter se meció
como rosa matutina,
á quien la brisa halagó
del tallo la roja espina;
Y cuando al hado cumpliera
la puso ignorada mano
en la sangrienta frontera,
porque maravilla fuera
del moro y del castellano.

¿Guardas, torre, en la memoria
todos los hechos de gloria
de tu imperio secular?
Oh ¡cuánta ilustre victoria
habrás mirado pasar!
Y á la vez en el espacio
de la magnífica Alhambra,
y entre el nácar y topacio
de ese espléndido palacio
habrá empezado la zambra.
En sus cuadras sonarian
las dulzainas y añafiles,
y mil luces arderian,
y los moros danzarian
con las moras mas gentiles.
Y en la danza bullidora
ostentáran cien doncellas
su beldad fascinadora...
¿Dime, torre, eran tan bellas
como las bellas de ahora?
¿Tez de armiño y rosa pura,
mirar de celeste encanto
las ornaban por ventura?
¿Guardaba celoso manto (1)
su delicada cintura?
¿Eran rasgados sus ojos,
y ardientes como el cabello

(1) Alusion al traje que todavía usan las mujeres de Marchena.

de relumbrantes manojos?
¿Era nieve el albo cuello,
y fuego los lábios rojos?
No: jamás altiva mora
emular pudiera aquí
á las hermosas de ahora...
Hay alguna que atesora
hechizos de blanca hurí. (1)
Luenga cabellera leve
en su espalda renegrea
como la endrina en la nieve,
y resplandece y se mueve
como la llama en la tea.

---

(1) La descripcion que sigue, y que comprende diez y siete quintillas, vió la luz con ligeras variantes en el núm. 9 del *Madrid cómico*, año de 1880. Su ilustrado director, el Sr. D. Miguel Casañ nos dice que debió su adquisicion al reputado poeta D. Ricardo de la Vega, hijo del malogrado D. Ventura, el cual habia encontrado dicha poesía en un album de su señora madre.

La reproduccion de esas quintillas en el album termina así:

Fuérame dado pintarla
como logré contemplarla
en callada admiracion,
yo que osé desfigurarla
en este inmundo borron.

Tú, señora, lo sepulta
en una página oculta
del album tuyo preciado,
cual del pobre, ofrenda inculta
en mesa del potentado.

Del nítido mar hirviente
más flexible que la ola,
á su pudorosa frente
rizándose blandamente
ciñe mágica aureola.
Y partida en bucles mil
de su pecho de marfil
bebe balsámico olor;
cual arroyuelo sutil
el aliento de la flor.
Ardiente como la grana
y tersa como el cristal
es su mejilla lozana,
que templa sombra liviana
de tinte meridional.
Sombra de luz vibradora,
que su tierno pecho cela;
vaga sombra que se ignora
si en su fino cutis mora,
ó si al aire en torno vuela.
Es su boca embalsamada,
do fugaz risa mostró
la dentadura esmaltada,
fresca, entreabierta granada
que puro aljofar bañó.
Y vierte el labio elocuente
su voz en raudal sonoro,
ya halagüeña, ya doliente,
como entre arena de oro
murmura limpia corriente.

Arco de seda flamante
ostenta en la rica ceja,
suelta en relieve ondeante,
y en el ceño penetrante
de rayos sutil madeja.
Entolda luenga pestaña
de sus ojos el reflejo
y en dulce sombra los baña,
como yedra que enmaraña
de clara fuente el espejo.
¡Qué halagüeño señorio
de aquella pupila negra
en el resplandor sombrío!
Es el matinal rocío
que los vergeles alegra;
Es de luna cariñosa
el apacible destello,
que en vislumbre prestigiosa
sobre lago azul reposa
y al bosque dora el cabello.
Cuando sereno desciende
así su mirar cautiva;
mas si la pasion lo enciende,
entonces con flecha viva
los senos del alma hiende:
Flecha de agudo fulgor;
que tal vez piadoso quiebra
el párpado latidor,
como rápido vapor
del sol naciente la hebra.

Mas ligera que la espuma
de las hondas en la haz,
ni el blando césped abruma
la breve planta fugaz
con que lo huella y perfuma.
Y envuelto en pliegue sutil
á su noble andar vacila
mórbido talle gentil;
tierno pimpollo de abril,
mecido al áura tranquila.
Ella es deidad triunfadora,
vision radiante del cielo,
misterio que el hombre ignora
y con risa y llanto adora
en el placer y en el duelo.
A su beldad soberana
dime, torre, sí igualó
beldad mora ó castellana;
dí si á la roja mañana
nocturna estrella eclipsó.
Oh torre, que presidías
á los moriscos festines
y las trovas repetias,
y aroma de los jardines
del alto alcázar bebias;
Y con bandera flamante
y con viva luminaria
ostentabas arrogante
esa cúpula elegante,
hoy ruinosa y solitaria;

Por qué; por qué descaeces
del régio brillo de entonces,
y entre vil polvo falleces,
y de mal grado en tus bronces
á Jesús entonas preces?
Porque el cristiano ganó
el castillo de Marchena,
y aunque á Dios te consagró,
aherrojada en su cadena,
á morir te abandonó.
¡A tí, que de su victoria
eres despojo y testigo
y página de su historia!
¡Y de su padre la gloria
hunde en el cieno contigo!
¡Torpe, ominoso desden!
¡Señal de luto y de afrenta,
con que tras fiero vaiven
del nazareno á la sien
amaga suerte cruenta!
¿Quién sabe si volverá,
y ese alcázar en serrallo
el moro convertirá?
El dice que *escrito está*
con sangre, tan crudo fallo.
Oh torre de filigrana,
la de gentil parecer,
¿ese nombre de cristiana,
que te pusieron ayer,
te lo quitarán mañana?

Mas ¿qué vale el nombre vano?..
tú cautiva del cristiano,
ó del árabe mimada,
siempre asombro del humano
y de Dios serás morada.

Marchena 28 Noviembre 1833.

Oriental.

Yo he visto en la rica Alhambra
en sala de oro y azul,
cuando hubo toros y zambra
por las bodas de Gazul;
he visto doncellas mil
que la córte de Boabdil
embebecida adoraba;
mas ninguna hurí del cielo
en medio el festin vagaba,
y era, porque allí no estaba
la virgen del blanco velo.

—

Yo he visto en Cádiz la altiva
la fiesta que el marqués dió
cuando Zaida la cautiva
del Profeta renegó.
¡Oh, cuantas bellas allí!
mas la silfida no ví
que mis ensueños doraba;
no encontré la que en su anhelo
mi corazon acechaba,
y era, porque allí no estaba
la del trasparente velo.

—

Y en Córdoba y en Sevilla
he mirado yo lucir
hermosas á maravilla
hijas del Guadalquivir;
de fuego los negros ojos,
de fuego los lábios rojos
donde la aroma manaba
que dá el arábigo suelo;
mas ninguna me hechizaba,
ninguna, que allí no estaba
la del misterioso velo.

—

La virgen que en blando arrullo
alhagó la mar serena,
como la brisa al capullo
de nacarada azucena,
cuando la primera vez
aún rayando en la niñez,
tímida, pura, gentil,
se mostró al morisco anhelo,
y en dulzaina y añafil
sonaron aplausos mil
á la del magico velo.

—

Bebió la playa encantada
la huella de su pié breve;
y suspiró enamorada,
y la besó la onda leve,
y de perlas alfombró
la arena que consagró

su vestido rozagante
mecido del aire al vuelo;
y uno y otro ciego amante
adivinó su semblante
al través del blanco velo.

—

Lució el naciente arrebol
de su púdica mejilla
cual puro rayo del sol
tras cándida nubecilla:
negro cabello sutil
su garganta de marfil
esmalta y su sien tranquila;
y sin desden ni recelo
de su inocente pupila
blando el destello vacila
entre los pliegues del velo.

—

El cuerpo encubre gallardo
livianos pliegues tambien,
tierno vástago de nardo,
palma nueva del Edem,
y de la luna creciente,
á la lumbre falleciente
que sobre la mar reposa,
mientras duermen tierra y cielo,
ella vaga vaporosa,
como vision deliciosa
envuelta en celeste velo.

—

Gacela de Berbería,
fuente en yermo abrasador,
diamante que el Indo cria,
dulce sílfida de amor,
¡ay! ¡en mal hora te ví!
Tú eres la divina hurí
que misteriosa volaba
en mi fantástico cielo:
la que mi pecho asechaba,
la que mis sueños doraba
velada en mágico velo.

Málaga: 1840.

A mi amigo D. V. M. C.

EN LA MUERTE DE SU PROMETIDA Y DE SU HERMANA,
VÍCTIMAS DEL CÓLERA-MORBO, QUE INVADIÓ Á SEVILLA.

ELEJÍA.

No en valde, no, mi espíritu enlutaba
con presagio siniestro pavor crudo:
¿conque en tu seno, dulce amigo, clava
la triste cuita su puñal agudo?

—

Sí, que al mirarte por tu mal exento
la Parca atroz de sus cadenas fieras,
gritó embriagada en infernal contento:
«Al menos gemirás, ya que no mueras.

—

«Plugo al destino guarecer tu vida
«de la ponzoña de mi aliento insano:
«¿qué lograrás cuando te brinde henchida
«la copa del dolor, que está en mi mano?

—

«No empañaré en tu sangre mi guadaña,
«ni te hundiré en el polvo de la huesa:
«no morirás; y de mi horrenda saña
«serás vivo padron, mísera presa.

—

«Entre sepulcros vagarás demente
«su oscuro asilo demandando ansioso;
«y yo en tanto á tus ruegos inclemente
«sabré negarte su eternal reposo.

—

«¡Es grande mi poder! La arista seca
«no así consume fuego devorante,
«como mi soplo el ser en nada trueca.
«¡Ay de tu hermana y tu infeliz amante!»

—

—¿Porqué, mónstruo, porqué? Si el bueno alcanza
la compasion tal vez de la fortuna,
¿merecerá por eso tu venganza?
¿entre víctimas mil qué vale una?

—

¿Verá tambien el Bétis desdichado,
tras tanta sangre con horror vertida,
en su primer orgullo y su cuidado
esa amenaza bárbara cumplida?

—

¿Mas en el sacro albergue de los muertos
cuál alarido lúgubre retumba?
¿quién huella osado sus despojos yertos
y quebranta el silencio de la tumba?

—

¡Él es, oh Dios, él es! Su llanto frio,
del duro mármol derramado encima,
en vano corre, cual veloz rocio
de yerma roca por la esteril cima.

Lo contempla Lucina allí postrado
cuando alza ráuda su modesto vuelo,
y allí le baña en luz el rostro helado
al encumbrarse en el cenit del cielo.

—

El bello rostro, que le dió natura,
gentil trasunto de su hermosa alma,
inmóvil al placer y á la tristura,
donde solo se pinta ruda calma.

—

Así la faz del piélago espumoso
en medrosa quietud yace serena,
mientras vuelca en su abismo cavernoso
onda bramante la agitada arena.

—

Ya vuelve á sollozar ¡Fileno amado,
mitad del corazon, hé aquí tu amigo,
que las horas del ocio regalado
en plácida hermandad partió contigo!

—

Y nada me responde!.. ¿No me escuchas?
¿La voz de la amistad ya no te mueve?
¿Esa afliccion acerba, con que luchas,
te hará sus fueros quebrantar aleve?

—

—«Yo no quiero vivir! ¿A qué se afana
«en mis penas tu amor? ¿Son tan crueles?
«Aqui yace mi amante, aquí mi hermana:
«yo no quiero vivir! No me consueles.»

—

No te consolaré, no. ¿Por ventura
treguas consiente tu profundo duelo?
Mi llanto unir al llanto de amargura,
que riega tus mejillas, es mi anhelo.

—

Oh pérdida mortal! ¿No fué bastante
un solo golpe á tu enemiga estrella?
Cual insensible pecho de diamante
no gemirá, Fileno, en tu querella?

—

La conyugal antorcha se convierte (1)
en hacha funeral al pié del ara;
el tálamo nupcial lecho es de muerte,
yerto cadáver tu Mirtila cara.

—

Cándida virgen, la hechicera frente
que ornar de rosas esperó su esposo,
pálida y mústia cubre de repente
negro crespon de féretro espantoso.

—

Tal nube densa con su opaco manto
la sien ofusca de la blanca aurora,
cuando vivo celaje de amaranto
le iba á ceñir guirnalda brilladora.

—

Y el rosiclér, que en mágico rodeo

(1) Alude al enlace de mi amigo con su amada, que cuando ésta murió estaba á punto de verificarse.

las gracias en tu rostro derramaron,
al encenderlo el púdico himeneo
las alas de Laguésis lo apagaron.

—

¿Dó el frescor dulce de los lábios rojos,
dó está del talle esbelto la apostura?
¿A quien deleitan tus divinos ojos
con blando rayo de su lumbre pura?

—

Un recuerdo fugáz, ceniza leve,
eso de tí le queda al mundo vano.
¿Qué fué de tu vivir el curso breve?
Huella de nave en férvido oceáno.

—

Y en pos de tí cayó en su primavera
la alma flor del recato y la dulzura;
cual si ningun dechado mereciera
de beldad y virtud la tierra impura.

—

¡Ay, Eliodora! ¡Cuando tú en la orilla
vagabas leda del vandálio rio,
cuando surcabas en gentil barquilla,
derramando placer, su cauce frio!

—

Entre la admiracion de los donceles,
que postraban humildes á tu planta
del hórrido Mavorte los laureles.
y la oliva feliz de Palas santa.

—

Entre el aplauso del risueño coro

de Tritónes y Nayades lascivas,
que el ancha espalda del raudal soñoro
en perlas alfombraban por dó ibas;

—

¡Ay! ¿en tus hados quién soñaba entonces
tu esplendor contemplando y lozania?...
Y ya el sepulcro en sus tremendos goces
la inexorable losa revolvia.

—

¡Dormid las dos en paz! El dulce aroma
del celestial Eden bebed eterno;
el ambiente espirad, que nunca doma
soplo maligno de erizado invierno.

—

Ahí la virtud hermosa resplandece
de perenales luces coronada,
y ni la frágil carne ya la empece
ni la envidia le muerde emponzoñada.

—

Ahí la congoja mísera se ignora,
que del mortal los años esclaviza;
ni el varon justo su infortunio llora,
ni del crímen el triunfo le horroriza.

—

No el placer muere á manos del hastío,
no el amor tierno la inconstancia gasta;
no la ambicion ó el fanatismo impío
con antorcha y segur quema y devasta.

—

¡Ah dichosas vosotras!... ¿Y empapamos

con llanto injusto su final abrigo?
¿Y su temprano sueño lamentamos?
¡Cuán insensatos somos, caro amigo!

—

Esta angustia tenaz, estas querellas
del dolor implacable los extremos,
que consagramos á los manes de ellas,
á nuestra cruda suerte los debemos.

—

A nuestra suerte, si, que nos condena
á respirar entre maldad y lloro...
¡Aborrezco su bárbara condena,
ansío la eternidad, la tumba adoro!

—

Tú la anhelas aun mas. No desesperes:
cuando con inflexible fortaleza
el temporal del mundo padecieres
y ledo burles su infernal braveza;

—

Cuando aliviada tu honda pesadumbre,
á la virtud ínmoles toda el alma
enamorado de su ardiente lumbre,
Dios te dará la inmarcesible palma.

—

Aspira á merecerla: del consuelo
abre tu pecho al aura bienhechora,
y del tiempo al través en ráudo vuelo
te unirás con Mirtila y Eliodora.

Enero de 1834.

Impresion de la noche.

Callada noche de estío
inunda el rico vergel
vertiendo apacible frio
por su recinto sombrío
entre el mirto y el laurel,
Honda tiniebla desciende
desde el firmamento azul,
y por el valle se extiende
y las altas copas hiende
del roble y del abedul.
Envuelta entre sombras mil
así en las ramas se posa;
y ni el rayo más sutil
de la estrella más lumbrosa
consiente entrar al pensil.
La tierra, vapor liviano
junta á las sombras tambien;
sombras que palpa la mano,
que el ojo rechaza en vano,
que pesan sobre la sien.
El regazo de natura
sueño letal embargó;

ni un leve soplo murmura,
ni en medio de la espesura
menudo insecto voló.
Asilo que el pecho anhela
tras el fragor mundanal,
donde el espíritu vuela
y se abisma, y lo consuela
cavilacion ideal.
Él la acosa veces mil
y mil veces la comienza;
y en el hilo más sutil
de su enmarañada trenza
ata la ilusion gentil.
Frágil lazada querida
de mágico talisman:
mientras más te vé rompida,
más te anuda, más te cuida
el hombre, con ciego afan.
Yo quiero tambien ahora
halagarte con amor,
hasta que importuna Aurora
de la realidad traidora
me abandone al torcedor.

1837.

Cancion.

Volad allá versos tristes
dó está el bien del alma mia
y decirle la porfia
de mi contínuo penar;
decidle como vos fuistes
en mi soledad y duelo
el efímero consuelo
de quien la sabe adorar.

¡Ay! Espresad cuanto espera
y teme y anhela y siente
el desventurado ausente
que á sus plantas suspiró;
si una lágrima siquiera
de sus bellos ojos salta
¿á recompensa más alta
aspirar osára yo?

Aura leve, así las rosas
de Abril su cáliz esquivo
brindan al soplo lascivo
de su aliento bullidor;
que en tus alas vagorosas

lleves con grato gemir
donde yo no puedo ir
los acentos de mi amor.

Oyelos tú compasiva
hechicera dulce dumbre,
por quien arde en viva lumbre
mi llagado corazon;
que mientras tu amante viva
seguro de tus favores
soportará los rigores
de fatal separacion.

¡Oh! Cuál fiel es mi memoria
en recordarme los dias
que á mi lado estar solías!
¡Oh cuán vehemente y cuán fiel!
Y á un tiempo tormento y gloria
del espíritu angustiado
es en mi infeliz estado
esta ocupacion cruel.

Siempre en ella embebecido
ora se me representa
el punto en que darte cuenta
de mi inclinacion osé;
y suena dulce á mi oido
aun aquel «sí» delicioso,
que perturbado y medroso
de tus lábios escuché.

Tú lo pronunciaste, hermosa,
con la gracia y donosura
de que pródiga natura
quiso adornarte al nacer;
y enlazando cariñosa
la mano que te pedia
con la ardiente mano mia,
consumaste mi placer.

¿Por que mágia tu contacto
me enagena, me suspende
y mi sangre toda enciende
en el fuego más voráz?
¿Creyera yo en aquel acto
por desgracias que soñára,
las que el destino fraguára
y trajo el tiempo fugáz?

¿Creyera las veces tantas
como en plácido recreo,
al solitario paseo
fuimos, Jobina, los dos?
¿Cuando con dulces gargantas
los ruiseñores trinaban
y por las ramas vagaban
de sus amadas en pos?

Cuando las noches serenas
del abrasador estío
el precipicio sombrío

nos vió á su márgen andar;
de allí columbrando apenas
el alfombra de esmeralda,
que extendida por su falda
semejaba al ancho mar.

Una ocasion resonaba
por las rocas al bramido
que en ellas embravecido
lanza audaz Guadalevin;
y á lo lejos se escuchaba
con el nocturno reposo
el ladrido querelloso
del vigilante mastin.

Balsámico olor corria
por el sosegado ambiente
que soplaba blandamente
en el chopo y el rosal,
y luminosa ofrecia
la alta bóveda azulada
á nuestra vista pasmada
en cada estrella un fanal.

Febe la ruda corteza
de los árboles copados
con sus rayos plateados
bañaba de grato albor;
¡Ay, cuán sabrosa tristeza
de nosotros se apodera!

aquel instante era
de vivir para el amor.

Voló... y en vano anhelamos
el fin de tan cruda ausencia:
del destino la sentencia
quizá irrevocable és.
Muramos, mi bien, muramos,
pues al placer perecimos
para más sufrir despues.

¡Morir tú! brutal codicia
que aumentando mi martirio
la intensidad del delirio
logró despertar en mí;
vive para ser delicia
de las dichosas criaturas
que merecidas criaturas
pueden consagrar á tí.

Muera yo que debí al cielo
por don funesto y terrible
un pecho tierno y sensible
á tu hermosura y virtud;
muera lejos de ese suelo
de voluptad y de holganza
dó tu pié ligero danza
donde suena tu laud.

Acaso en este momento

cabe la playa arenosa
el mar tranquilo reposa
al encanto de tu voz;
quizá al pérfido elemento
abandonando la orilla
tu deleznable barquilla
ora se entrega veloz.

¿Dónde vas envidia siendo
de Tetis del agua,
que á tu débil leño frágua
horrísona tempestad?
Ya silva Aquilon horrendo
y el lado frágil insulta:
¿cielos finará insepulta
su encantadora beldad?

¡Que digo! ¿Pues yo la miro?
No, que hierve y se estravía
mi ofuscada fantasía
con la imágen de mi bien;
mientras el mundo retiro
recorro de asombro lleno
que al abatido Agareno
puso postrero sostén.

De la solidosa Alhambra
en las bóvedas sonantes
mis sollozos anhelantes
eco repite flebil;

dó en tanta morisca zambra
los magníficos salones
retumban con los sones
de dulzayna y añafil.

Aquí tambien amor blando
cuando dominó mas fuerte
del poder y de la suerte
los embates padeció;
aquí de rencor infando
Abenamet perseguido,
Zoraida cuán afligido
de tus brazos se arrancó.

Vuelve el pálido semblante
á ver la Sultana bella,
mas ya desparece ella
por el hojoso vergel;
pierde su valor constante
entonces el moro fiero,
y con su llanto primero
moja el mirto y el laurel.

Llanto de Cupido tierno
que entre sus labios suspira,
llanto de cisne que espira,
presagio llanto de amor.
Excítalo anuncio interno
que al triste Adalid previene

dolor y ausencia perene,
mortal ausencia y dolor.

Cumple asaz estrella cruda
el vaticinio aciago,
y tras el horrible amago
le vá el golpe atroz á herir.
¡Ay de mí! La planta ruda
del ciprés mi lloro baña;
tambien, tambien, yo tu saña,
hado adverso, he de sentir!

Ya miro mis restos frios
cobijar tierra extranjera.
¿Una prueba lastimera
quién á mi mente dará?
Volad, volad, versos mios
y decid á mi adorada
que solo la tumba helada
á entrambos nos unirá.

Granada.—1828.

Las tres rosas.

Vergel risueño que el florido Mayo
vistió en verdura y nítido arrebol,
vergel risueño que con vivo rayo
alumbra á trechos refulgente sol.
Tú en cuyo seno cabe pobre aldea,
mansion oscura de trabajo y paz,
las altas arboledas señorea
rica techumbre de palacio audaz;
Tú do sabrosa holganza el ciudadano
y tranquilo dormir y gozo halló,
cuando del mundo en el bullicio insano
larga miés de amargura acumuló;
Hé aquí que vago en tu recinto umbrío
á la sombra del roble secular,
hé aquí que miro el Guadalhorce frio
correr incauto al anchuroso mar;
Al mar hirviente que en gigante ola
la playa devorar amenazó
y de frágil espuma una aureola
á la postre tan solo le ciñó;
Y ceja y vuelve á batallar en vano
y le sorprenderá su muerte así.
¡Ejemplo mudo al siervo y al tirano,
ejemplo mudo al hombre baladí!
Cuántos hechizos guarda la morada
al solitario huesped ¡oh, vergel!

Aquí la flor, el árbol, la cascada
y aroma de rosal y de clavel.
Y de las aves el cantar y arrullo,
y del palacio el oro y arteson,
y de la brisa el plácido murmullo,
y del labriego la tenaz cancion.
Y allá á lo lejos la feliz bahia
rica en naves que el Ponto respetó,
y la vela que el blando viento henchía
y en vaporosa niebla se perdió.
Y las montañas del proscrito moro
escondiendo su cumbre colosal
en celajes de púrpura y de oro
donde se mece el sol occidental:
Todo miré con ojos de amargura,
hondos gemidos de dolor lancé,
y salvando la líquida llanura
abismarme en las nubes deseé.

—

¿Era la causa el desvio
con que pagaban mi amor?
¿Era despecho el dolor
que abrigaba el seno mio?
Era el desengaño airado
que con fiera garra hiere
aun despues que el amor muere,
al corazon mas helado.
Ya en las hermosas no aspiro
fuego á encender devorante:
no anhelo un suspiro amante

que responda á mi suspiro.
Muerta la alegre ilusion
con la juventud fugaz,
á vivir en triste paz
se resigna el corazon.

—

¿Por qué cuando á mi lado blandamente
cogen las bellas una y otra flor,
y entre sabrosa plática riente
convidan al solaz encantador;
¿Por qué cuando las sirve y galantea
turba oficiosa de galanes mil
y en rendirles obsequios se recrea
como en las flores áura del Abril...
¿Será que envidie la ilusion perdida,
que yo la envidie al férvido garzon,
y venturosa y plácida acogida
demande á la beldad mi corazon?
Nó, que ya ha impreso su funesta huella
el *desengaño* en mi agostada sien.
Ay! no aspiro al sollozo de una bella,
ay! no me ofende su mortal desden!
Mas devorar la indiferencia fria
en medio la algazara del festin,
y cuando todo hierve en alegria
olvidado vagar por el jardin!...
Cavilaba yo así, y amargamente
mi lábio con despecho murmuró;
y la tímida queja balbuciente
el coro de unas damas escuchó.

Y tres hermosas, que hechizó natura,
flores cogiendo de precóz rosal,
iguales en el nombre y hermosura
todas me brindan su regalo igual.
La flor primera abierta luengamente
y que templada púrpura bañó,
es la imágen del sol en occidente
que en blanda luz las nubes matizó.
En su estrecha balsámica corola
vierte otra rosa límpido arrebol,
como ceñido en férvida aureola
se abrasa en el zenit radiante sol.
Y la postrera con su aroma y grana
el capullo rompiendo va sutil,
cual astro rey en plácida mañana
envuelto en los celajes del Abril.
Así enamora cada flor riente
y emblema de su dueño es cada flor,
y en zenit, y en ocaso, y en oriente
de la beldad retratan el fulgor.
Ay! yo las llevaré siempre en mi seno
cual poderoso y dulce talisman,
y del pesar el hórrido veneno
del triste corazon ahuyentarán!
Y mientras en amor alta ventura
iluso busque el férvido garzon,
el talisman de la amistad segura
adorará mi pobre corazon.

4 de Julio de 1839.

Ensueño.

Era de noche, y yacía
abismado en lecho ardiente,
do con imágen sombría
fatigó ensueño inclemente
mil veees mi fantasía.

—

Postrado ya el corazon
de un golpe y otro tenaz,
demandaba en su aflicción
algun ensueño de paz
teñido en grata ilusion.

—

Mecióme mórbidamente
entonces en dulce calma
aquel armónico ambiente
que no se escucha, y se siente
en lo profundo del alma.

—

Los ojos rendí embriagado
á su prestigio amoroso,
y en celaje nacarado
de mujer ví dibujado
cuerpo y rostro misterioso.

—

Envuelta en sutil neblina,

vaga del aire al arrullo,
y sin deslumbrar fascina,
como rosa matutina
adormida en su capullo.

—

Como la mágica hora
de claro sol precursora
y del nocturno capuz
que el doble hechizo atesora
de la tiniebla y la luz;

—

Ella desciende ¡oh, anhelo
contemplar bien tu semblante!
Serafín, detén el vuelo;
antes de volver al cielo,
detén el vuelo un instante.

—

Aérea sombra! más suave
que huella fugaz de nave
en el voluble elemento,
ó de vagorosa ave
en las regiones del viento...

—

. . . . . .

—

La juveutud que la mira
en pós de la hermosa vaga,
y se estremece y suspira,
en su encanto se embriaga,
avasallada delira.

¡Triunfo al pincel de natura
que en una misma figura
mil celestes rasgos cria,
y en su mágica armonia
deposita la hermosura!

—

¡La hermosura, don del cielo,
misterio que el hombre ignora,
altiva deidad que implora
en el placer y en el duelo
y con risa y llanto adora!

—

¡Ah! Nunca tan peregrina
la vieron mortales ojos,
como á la luz blanquecina
de aquella incierta neblina
para aliviar mis enojos...!

—

Ya se aleja! Denso velo
me arrebata su semblante...
«Rara vision, tén el vuelo;
antes de volver al cielo,
detén el vuelo un instante.»

—

Y con frenético empeño
por el aire la seguia...
Ay! la hermosa de mi ensueño
que ví en delirio halagüeño,
era tu imágen, María!

1836

CON OCASION

DE LA LLEGADA A LA CIUDAD DE RONDA

DEL CUADRO DE SU REGIMIENTO PROVIRCIAL

QUE SE HALLÓ EN EL SITIO DE BILBAO

HIMNO.

CORO.

Gloria de Bilbao,
gloria al defensor,
que abatió el orgullo
del bando traidor.

ESTROFAS.

I.

De esclavos la nube
asalta furiosa
la libre, la hermosa,
la rica ciudad.
Dentro el ciudadano
y el soldado fuerte,

muerte gritan, muerte!
muerte ó libertad!

II.

El grito sagrado
el rebelde escucha,
y tiembla en la lucha,
y al monte cejó.
Mas clama el caudillo:
«Ved la débil valla;
pocos en batalla,
no resisten, no.»

III.

«El oro, el regalo
allí nos esperan;
mueran todos, mueran;
no les deis cuartel.»
Y avanza, y el muro
en salvar se empeña,
dó brilla tu enseña,
divina Isabel.

IV.

De siervos le sigue
enjambre sin cuento.
¿Será que su intento
logre la traicion?
No, que mil valientes
les abren la tumba;

ya el parche retumba,
ya truena el cañon.

V.

Ya el bando enemigo
sus ímpetus pierde;
ya la tierra muerde
su torpe adalid.
Ya el feróz tirano
se ahuyenta y desmaya;
ya triunfó en Vizcaya
la raza del Cid.

VI.

¡Victoria á los libres,
mengua á los esclavos,
honor á los bravos
que Marte halagó!
¡Oh Ronda! tus hijos
allí combatieron.
Si gloria adquirieron
en tí reflejó!

VII.

Corrió allí la sangre
de nuestros hermanos;
corrió, ciudadanos,
por la libertad.
Miradlos que vuelven
al techo paterno;

de su nombre eterno
la fama ensanchad.

VIII.

Sus frentes altivas
ciñan las hermosas
de plácidas rosas,
de honroso laurel.
Y en la blanda guerra
de Cúpido ledo,
premien el denuedo
de su pecho fiel.

IX.

En tanto nosotros
con anhelo airado
pidamos al hado
hordas que batir.
Y á los defensores
de Bilbao abracemos,
y unidos juremos
vencer ó morir.

Gloria de Bilbao,
gloria al defensor,
que abatió el orgullo
del bando traidor.

TRADUCCIONES

Cancion inglesa.

¡Que no me hayas dado las alas de ave, madre mia, ya que perdí el hogar, la gerarquía y las tierras de mis padres!

¡Qué no daría yo por ir derecho al arco de los cielos para saber cómo forman las gotas de agua esas tres cintas de armónicos colores!

¡Qué alegria la de flotar sobre la tierra cual viviente brisa, atravesar las copas de los árboles en flor, subir ligeramente á sus últimas ramas, y, mecida por el viento, mirar los campos dorados por la rubia mies!

¡Que no me dieres alas, etc.

La vida del ave es alegre fiesta en los bosques llenos de hojas parleras. Allí está como bajo verde techo de admirable palacio. Y vuela de aposento en aposento, todos claros, y alegres, y abiertos al sol, y á las estrellas, cuyos rayos blancos juegan allí dentro.

¡Yo te bendeciria madre mia; yo habria llegado á decir á Dios: bendigo á mi madre porque me ha dado alas de ave!

Ella puede dejar su nido en la encina de la floresta, por que no ha menester morada. Y las nuevas como las caducas dánse á vagar volando juntas, y atraviesan libres y juntas su mundo azul.

Escuchad como en el cóncavo hueco de esta sala en sombra, se llaman unas á otras amigablemente.

«Venid, venid», parece que repiten. ¿Tú, no viste á las aves llamarse unas á otras, madre mia?

«Venid, venid. La vida es bella aquí donde las hojas danzan impulsadas por el aliento del estío.»

«Vamos, vamos, responden, ¡cuán dulce vida pasaremos abismadas en el seno de un árbol fresco!»

He visto, madre, un ave navegando sobre el mar respladeciente, rozar con el ala la espuma de las olas y volver mojada á su rama expuesta al sol.

Feliz ella que vuela ú su albedrio, como nosotros en nuestros ensueños, sobre alas fuertes y ligeras al propio tiempo, y al través de la aurora, para mirar cara á cara al sol de oriente!

Feliz ella que atraviesa como flecha el espacio sin límites, salvando la nube de plata, cantando en alta voz en el asilo del rayo, y extendiendo sus alas en errático júbilo sobre las elevadas montañas que desafian la henchida voz de los vientos.

¡Que no me dieres las alas de un ave, madre!

Tibulo.—Lib. III—Eleg. 6.ª

Quiere adormecer con el vino las inquietudes que la perfidia de su amiga le han ocasionado.

Ven rubicundo Liber, así sea
tu vid siempre acatada, y religiosa;
siempre orlada tu frente así se vea
de pámpano feliz y yedra hojosa.

Los tuyos á la par con mis cuidados
llévate, que uno y otro bien tenemos
igual necesidad de ser curados:
no una vez á tí Amor rendido vemos.

¡Ah! caro rapáz, de rancio baco
preséntame las copas rebosadas,
ni se canse tu mano, ni andes flaco
en verlas del Falerno coronadas.

Lejos, lejos de aquí, falanje dura
de afanes azarosos: alegria
solo me anuncie Delio en este dia,
brillando entre arreboles su hermosura.

Dulces amigos, en tan grave caso,
asistid al propósito y ninguno

rehuse acompañarme de consuno,
siendo yo el capitan que os abre el paso.

Y si alguien huye de la lid suave
á que el vino le llama y le provoca,
quien de su corazon tenga la llave
esa la vende con dobléz no poca.

Animos ricos de valor y brio
torna aquel Dios: aquel extingue el fuego
del más feróz y de su amante luego
sujétale al capricho y poderio.

El de Armenia los tigres domeñara
y las rojas leonas y él hiciera
que de indómitos pechos, la más fiera
cólera en mansedumbre se trocára.

Tales empresas y mayores osa
amor, pero las dones de Lieo
pedid vosotros: quién tendrá recreo
con un vaso que en vino no rebosa?

Las copas empinad iguales todos,
y con eso vereis en tal instante
que no es torvo de Liber el semblante
con quien le brinda en tan iguales modos.

Plétele ahí: su númen se presenta
harto airado y tambien harto severo:

copas apure de gustoso Mero,
quien del Dios irritado se amedrenta.

Los horribles suplicios que él conmina,
el ímpetu y fervor con que se lanza,
nadie mejor á conocerlo alcanza
que la presa de Agave tan sanguína.

Pero lejos de aquí tales temores,
y á nosotros no lleguen: solo aquella,
si el resultado no es de ficcion bella,
sienta de un Dios airado los furores.

¡Que imprecaciones, loco, estoy echando!
Lleven los vientos temerarios votos
que entre altísimas nubes disipando
desparecer los hagan todos rotos.

Bien que no te merezcan mis fatigas
ni el más leve cuidado Fili hermosa,
quiérote sin embargo venturosa,
qniero á tus Parcas cándidas y amigas.

Consagremos nosotros entretanto
seguros ócios á tranquila mesa;
tal vez por conocer nuestra promesa
entre muchos, un dia habrá sin llanto.

Pero ¡ay de mí! cuanto es dificultoso
de una falsa alegria el fiel retrato,

y que mal que le viene el aparato
á un triste corazon para jocoso.

Ni por más que á mentir la boca aprenda,
acierta con la risa á componerse:
ni sé como el lenguaje ébrio se entienda
en quien tan angustiado acierte á verse.

Mas ¿para qué, infelice, me lamento?
Idos de aquí tristísimos cuidados:
para escuchar vocablos enlutados
no tiene el padre Baco sufrimiento.

Tú, Cretense Ariadna, en algun dia
de Teseo lloraste la perjura
lengua, sin otro amor, ni compañia
que en solitario mar tu desventura.

Ahora os quiero dar un documento,
y es: que tú eres feliz, cualquier que seas,
como de ajeno mal el escarmiento
pueda eximirte de que el tuyo veas.

Ni os dejeis seducir incautamente,
ya de brazos al cuello entretegidos:
ni ya con dulces ruegos y fingidos
faláz lengua os sorprenda torpemente.

No: por más que proteste mentirosa
por sus lindos ojuelos, ni aunque ponga

por testigo á su Juno; aunque proponga
que habrá su Venus de dejarla airosa.

Ni aun crédito por ello querais darla,
pues los enamorados juramentos
dan risa á Jove, como inútil charla
que destina cual pábulo á los vientos.

¿Qué es esto? ¿Cómo así tantas querellas
me pueden arrancar las falsedades
de una dama? Pues lejos seriedades,
noramala de aquí marchad con ellas.

¡Ah! ¡Cual sucediera en noches perezosas
dormir al par de tí muy sosegado!
¡Ah! ¡Cual quisiera hallarme desvelado
al par de tí en auroras mil dichosas!

Pérfida: y no á la fé fiera enemiga,
porque yo justamente lo merezca:
pérfida; y aunque pérfida aborrezca
tú ingratitud, con todo dulce amiga.

A Nais ama Baco; ¿qué te paras
muchacho remolón? Del Mero añoso
mitigen el espíritu ardoroso
y su vigor, las Marcias linfas claras.

Yo, si he de hablar verdad, aunque mi
(dama

de comer á mi lado se desdeñe
y casquivana, por buscar se empeñe
nuevo placer en ignorada cama;

En ánimo de ser tan majadero
no estoy que mis congojas desabroche
gastando en suspirar toda la noche:
ven chico; y con más brio traenos Mero.

Del sirio nardo ha mucho que ya ungido,
las sienes, y la frente y la cabeza
mi cabello ostentar con gentileza
de guirnaldas debiera entretegido.

Ovidio.—Lib. I.—Eleg. 9.ª

EL AMOR ES UNA MILICIA.

Todo amante, sin duda, es un soldado;
sus reales tambien tiene Cupido:
Atico, si merezco ser creido,
es militar cualquier enamorado.
Edad para la guerra conveniente
á Venus es edad acomodada:
viejo soldado es cosa desairada:
de viejo amante búrlase la gente.
Ambos trasnochan, ambos siempre alerta
descansan sobre el suelo: de su amiga
ronda aquel las ventanas con fatiga,
éste del general guarda la puerta.
Vive el soldado en marcha perdurable,
destiérrale á un amante su querida,
verásle andar sin tino, sin medida
y en pós de ella seguir infatigable.
Trepará por montañas escarpadas,
se arrojará á los rios insolentes,
acrecidos con lluvias inclementes,
hollando escarcha y nieve amontonadas.
Ni recios vientos al montar la nave,
sabrá inculpar, su marcha dilatando,

ni buscará los golfos ya surcados,
el astro más benéfico y suave.
¿Quién sinó un militar, sinó un amante,
ora una noche tenebrosa y fria,
ora entre nieve y agua sufriria
duro cierzo que azota por delante?
Al enemigo campo vá el guerrero
enviado á explorar sus movimientos:
ojos fija el amante y pensamientos
en su rival, como enemigo fiero.
Plazas fuertes aquel sitia animoso:
acecha estotro de su esquivo dueño
el umbral: uno fuerza con empeño
puertas: otro ventanas salta ansioso.
Atacar al ejército que duerme
en su atrincheramiento ha sido cosa
más de una vez por cierto provechosa
y pasar á cuchillo al vulgo inerme.
Tal perecieron escuadrones bravos
del Tracio Reso, y de la propia suerte
dejásteis ¡oh caballos! á la muerte
vuestro señor expuesto, yendo esclavos.
Más de una vez cogiéndose dormidos
por amantes sutiles y despiertos,
con las sus propias armas inexpertos
se vieron atacados los maridos.
Burlar á un centinela vigilante;
escaparse de guardias y avanzadas,
son fatigas que vienen adecuadas
á un soldado y al siempre triste amante.

Dudoso es Marte y Venus no es segura
y cobran los vencidos nuevo aliento,
y vienen á cederte el sentimiento
los que siempre creyeras con ventura.
Decir, que amor es vida de poltrones,
es gentil necedad en consecuencia;
no le sigan que á amor sobra esperiencia
en mil tramoyas, mil maquinaciones.
Arde en pesar Aquiles y en despecho
al ver que á su Briseida le han robado;
teneos, en tanto pues que os brinda el hado
gima el griego poder, roto y deshecho.
Héctor á la batalla se arrojaba
de los brazos de Andrómaca, su esposa
era la que sirviéndole obsequicsa
el morrión primero le clavaba.
A vista de Casandra sorprendido
el supremo Adalid del bando griego,
del suelto pelo, y del divino fuego,
cuentan que á discrecion quedó rendido.
Dicen tambien que Marte el animoso,
cayó en la red sutil y trasparente;
y no hay chasco en el cielo ciertamente
ni más cacareado ni gracioso.
Yo mismo era un poltrón y al ocio y calma
mis sentidos tan aptos é inclinados
que en lecho y sombra estaban embargados
sin ser dueños de sí, mi cuerpo y alma.
Avivo mi modorra muy de veras,
haciéndome dejar la vida oscura,

el loco y ciego amor de una hermosura,
y mandóme alistar en sus banderas.
Por eso ágil me vés, por eso corro
á vérmelas de noche con cualquiera:
échese á enamorar de igual manera
el que de ociosidad quiera estar horro.

Propercio.—Lib. II.—Eleg. 29.ª

SUEÑO.

Cuando ayer noche, mi vida,
por doquier iba hecho un zaque,
sin que alguno de mis siervos
de la mano me llevase:
yo no sé que turba-multa
de niños al paso sale,
porque á la verdad, el miedo
ni aun me dejó los contase:
de ellos, unos parecióme
que hachas en las manos traen;
de ellos otros con saetas
cual si fueran á flecharme:
y algunos de ellos creime
que vienen á amarrarme;
más en pelota iban todos
y el que tener más desplante
de travieso daba muestras
—Cá—dice—echadle el guante,
y pues bien le conoceis,
no le dejeis que se escape:
este era aquel perillan
á quien con tanto coraje
nos le endosó cierta moza.

Sin que de decirlo acabe,
me siento que á la garganta
un fuerte nudo me hace:
cual entonces á empellones
manda que en medio me saquen:
cual chilla: muera el bribón,
en cuya cabeza cabe,
el discurrir que nosotros
no somos divinidades.

Noramala: bueno fuera
que la tal moza te aguarde:
y miren á que galán:
á toda hora y cada instante:
y que tú no sé que puerta,
mentecato en ronda te andes.
Yo te fio que la Ninfa,
cuando suelte al acostarse
las cintas de su tocado
que al uso de Lidia trae,
y cuando sus mandarines
ojos vuelva á todas partes,
de yerbajos de la Arabia
no te ha de zahumar el aire;
tú verás si lo que exhala
sabe ó no sabe endiosarte
como perfumes que amor
con sus propias manos hace.

Ea; pues que ya palabra

aquí nos dá de enmendarse,
y no andando en devaneos
con un amor contentarse,
y puesto que segun veis
estamos en los umbrales
de la casa que nos mandan:
hermanitos desatadle.

Con esto, la capa y todo
otra vez vuelven á echarme,
endilgánme para casa,
y me dicen con donaire:
marche; y aprenda otra vez
de noche en casa á quedarse.

A esto el alba se reia;
quise por mí cerciorarme
por saber si á ella ó á mí
algun mal presagio traen:
tal se me ofreciera entonces
de su cama al levantarse.
¡Válgame Dios, la hermosura
cuánto por sí sola vale!

Señor galan—dijo entonces—
que tan madruguero sales
á rondar á tu querida:
¿piensas que somos iguales?

No me juzgues tan liviana:

con uno sé contentarme;
bien tú seas ó cualquiera
que de mas formal se pague.

Repasa bien, si en mí toda
puedes ni un átomo hallarme
de agitacion, y si acaso
es mi espíritu anhelante
quien de reciente adulterio
te preste indicios bastantes.

Dijo: y con la diestra mano
reprochando con desaire
mis besos, salta en chinelas
de la cama en el instante.

Así pudo la custodia
de amor tan santo lanzarme:
desde entonces, ni una noche
gustosa amor quiere darme.

Ovidio.—Lib II.—Eleg. 7.ª

SATISFACCION.

Amarra, amigo, amarra,
si el que aquí estás lo eres,
mis manos que en cadenas
muy bien estar merecen,
hasta que mi locura
me deje para siempre,
porque ella fuera sola
quien hizo que moviese
contra la vida mia
estos brazos aleves,
y de mi loca mano
llora el dolor que siente.
Hasta á mis caros padres
en lance como este,
fuí capáz de faltarles
á cuanto se les debe:
y aun á los altos Dioses
azotar atreverme.

Qué ¿el señor del escudo
que cubren siete pieles,
Ayax no osó en sus campos
matar impunemente

las manadas que hallaba
de reses inocentes?
¿Y con su mano misma
tan despiadado Orestes,
cual vengador indigno
de su padre en la muerte,
no osó contra las furias
armarse muchas veces?
Con que yo mismo pude
hacer que se perdiese
del compuesto cabello
la simétrica série:
y no perdió sus gracias
desmelenada al verse.
Bella quedó como antes:
y tal como refieren
que Esqueneida Atalante
con arco y flechas, suele
á las Arcadias fieras
acosar en su albergue.
Tal lloró en otro tiempo
Ariadna Cretense,
al llevarse los Austros
arrebatadamente
del perjuro Teseo
nave y palabras fieles.
Casandra de igual modo,
sino que infulas prenden
su hermosa cabellera
viste cual la sorprende,

casta Diosa en su templo
un violador aleve.
¿Quién no me hubiera dicho
tan arrestado al verme:
«Bárbaro: qué es lo que haces?»
«¿A dónde vás, demente?»
Y la infeliz de susto
aun á chistar se atreve,
mas su semblante mudo
me arguye y me convence.
Sus lágrimas testigos
son de mis procederes:
y habla su silencio
que por reo me tiene.
Primero entrambos brazos
apetecido hubiese,
que de mis mismos hombros,
desprendidos cayesen.
Privarme de estos miembros
¡cuán más útil me fuese!:
por cierto que mis brios
han sabido espenderse,
en mi propia ruina,
bien nécia y locamente.
¡Cuánto en mi daño propio
me he mostrado valiente!
Ministros de maldades
y asesinos crueles,
¿cómo? ¿Y yo con vosotros
confundido así verme?

Id sacrílegas manos,
al hierro que se os debe.
Si yo igual zurribanda,
de la ínfima plebe
le arrimase á un Quirite,
pregunto: ¿qué me hiciesen?
¡Y contra mi adorada
mi derecho es más fuerte!
Ejemplo escandaloso
dejónos Diomedes,
puesto que fué el primero
que la maldad comete
de herir á una Diosa:
yo el otro, despues de este.
Mas Tídides, sin duda,
fué ménos delincuente.
Yo castigo á la misma
que mi amor enardece:
aquel en su enemiga
toda la fúria ejerce.
Ande y el aparato
de trunfo tan solemne,
ház, vencedor ilustre,
que tu orgullo celebre:
rinde votos á Jove:
cíñete de laureles,
y en pós de tu carroza,
el tropel de las gentes,
que, admirando el triunfo,
á aplaudirte corriese,

viva, chillara, el guapo,
que á una dama somete.
Como cautiva triste,
delante se la lleve,
con el cabelle suelto
y blanca cual la nieve.
En fin, ya que al impulso
de ciega ira, ardiente,
sentia arrebatarme
cual rápida corriente,
siendo ya presa suya,
aunque estorbarlo intente:
¿acaso no bastára
cobardes timideces
aprovechar, gritando
desaforadamente,
y que en tronada solo
la ameuaza se fuese?
¿O hacer sin miramiento
que encajes y arandeles
del traje, desde arriba
hasta el medio viniesen?
Los bajos en buen hora,
el cinto defendiese,
y no que tuve flema,
cual si de hierro fuese,
arrancando el cabello
que adornaba su frente,
de arañar una cara
que el candor resplandece.

Quedóse hecha una pieza;
la sangre desparece,
y de yeso el semblante
al punto deja verse,
tal como si los Pários
mármoles, cortar viese.
Vila exánime toda;
vi toda estremecerse,
cual hojosa melena
de álamos que se mueve
á los soplos suaves
del cefirillo leve:
ó como de él herida,
vibra una caña débil:
y del modo que ondea,
como tibio Austro reine,
del mar la superficie
formando gratos pliegues,
hasta que al fin, el llanto,
que reprimido tiene
largo rato, en raudales
á desatarse viene
por su rostro, á manera
de derretida nieve.
Por vez primera entonces
comienzo á conocerme,
implicado en un crímen,
y en cuantas ella vierte
perlas de sus dos ojos,
veo mi sangre verterse.

Aunque abatido intento
arrojarme tres veces
á sus hermosas plantas,
otras tantas repele
las malhechoras manos
que tanto la estremecen.
Acicala esas uñas:
pronto: nada receles,
y contra mí á emplearlas,
hecha una fiera, vente:
porque así tu venganza
para que tu ira merme,
ni en mi cara ojo sano,
ni en mi cabeza, dejes
un pelo que no arranques;
y á tus manos endebles
de cualquiera manera,
fuerzas la ira preste.
Y para que señales
tan tristes y patentes
de esta mi fechoría
por siempre jamás vuelen,
mira chica: componte
de nuevo el pelo y cuélgate otros dengues.

Propercio.—Lib. II.—Eleg. 17.ª

CHASCO.

Dar chasco una sola noche,
traerle á un hombre engañado,
aquesto si que sería
teñirse en sangre las manos.

Siempre que me llevo plante,
toda la noche me paso
molido de dar mil vueltas
haciendo estos calendarios.

Ora te lleven al agua,
como á Tántalo, los hados;
para que al querer beberla,
huya tus ardientes lábios;

Ora puedas admirar
de Sísifo los trabajos,
que en vano por todo un monte
se empeña en subir un canto:

No hay mas dura criatura
que lo es un enamorado;
ni lo que menos ser quiera,
sino un tonto rematado.

Yo, que feliz, no hace mucho
fuí de la envidia admirado:
ahora cada diez dias
me admiten, y con trabajos.

Ahora la impiedad me gusta,
de arrojarme de un peñasco;
y desleir un veneno,
para morir por mis manos.

Ahora, por esas calles
tan solo de estar tirado,
á la luz de seca luna,
me topo con el regalo.

O andar pelando la pava,
de las puertas por los clavos.
A pesar de los pesares,
mi moza yo no la cambio:
que al ver en mí tal finura,
yo sé que le cuesta un llanto.

SONETOS

A la Felicidad.

(SONETO CON TÍTULO Y PIÉ FORZADO.)

Preludia un ciego en ética *guitarra*,
mientras le lleva cascarriento *perro*,
plebeyos tonos en el alto *cerro*
do los ochavos del lugar *amarra*.

En tanto su mujer la herida *embarra*
que al dócil animal hizo el *cencerro*
ludiendo, con la tira de *becerro*
mal curtida en los riscos de *Navarra*.

No lejos de los tres, gruñendo un *guarro*
desgarra de su panza un ancho *escirro*,
que vierte podredumbre en largo *chorro*.

¡Mugre y ceguera, esclavitud y *barro!*
Esta es la dicha desde Dário á *Pirro*,
esta es la dicha desde el tigre al *zorro*.

1837.

La Rosa.

Rico dosel de mágica verdura
con hoja tierna y con punzante espina,
rosal, altivo de su flor divina,
ciñe á la frente delicada y pura.

Ella mantiene su vivaz frescura
la perla acariciando matutina,
y con aroma seductor fascina,
y ardiendo en oro y rosicler fulgura.

Y abierta en su zenit, con blando orgullo
la hora disfruta más risueña y clara
del sol hermoso, que le otorga el hado;

Y así la adora el tímido capullo
que en su fecundo vástago brotára
y ansía eterno su abrigo regalado.

11 Setiembre de 1839.

La Amapola.

En desnuda campiña la amapola,
de audacia y de beldad haciendo alarde,
la rozagante púrpura en que arde
al hielo, al huracan, al sol inmola.

Doblada en tanto la sutil corola
entre césped tupido que la guarde,
fresca, pura, á la aurora y á la tarde,
espira olores tímida viola.

Devora de cien auras el arrullo
la altiva flor, y vive una mañana,
y escarmiento á los prados es su orgullo;

Mientras en largo Abril tierna y lozana
bebe la honesta flor en su capullo
el limpio aljofar que acogió temprana.

El ambiente de la noche.

Surca la esfera en sosegado coche
luna de Mayo con gentil bochorno,
y vestida la selva en nuevo adorno
despierta á los misterios de la noche.

Galan burlando el cándido reproche
de las tímidas flores en contorno,
lascivo ambiente su corola en torno
de aljófar prende con menudo broche.

Y de las aves canta en el gorjeo,
y de las aguas gime en el murmullo,
y de las hojas vibra en el meneo;

Sultan del valle, que con fiero orgullo
lleva la posesion tras el deseo,
sin perdonar aroma ni capullo.

A Pepita.

De caprichosa lira el son liviano
mil veces, mil con nécio galanteo,
mintiendo amor el frívolo deseo,
á una y otra beldad brindó mi mano.

Era el acento del orgullo insano,
era el juguete de fugaz recreo,
del suelto ruiseñor era el gorjeo
desperdiciado por el aire vano.

Ay! No las flores de inferior valía
que en cien altares prodigué insolente
profanarán tu altar, hermosa mia!

Para tí el culto de mi amor ardiente
es el placer que el pecho me extasía,
es el fiero dolor que el pecho siente.

Málaga 1837.

A Lisboa.

Vuelca en terso raudal ondas de oro
plácido Tajo por inmenso lecho,
y al pié de la ciudad alzando el pecho
párias tributa al piélago sonoro.

Ella tendida de la cumbre al foro
que al coloso de bronce viene estrecho,
templo, alcázar, pensil, de trecho en trecho
ostenta con espléndido decoro.

¡Reina del mar y del pomposo rio,
que hoy sangre de mi triste pátria esmalta,
tú que domaste al Africa y á Goa,
acoge en tu regazo blando y pio
al peregrino que en tus playas salta,
grande, libre, pacífica Lisboa!

Lisboa, 1867.

Porcia. (1)

Porcia de Bruto heróico el fin sangriento
escucha, y un puñal busca homicida
para hundirlo en el pecho dó se anida
del gran Caton el generoso aliento.
Armas negando al funeral intento
los amigos salvar piensan su vida;
y ella:—«Impedir la muerte apetecida
nadie puede,»—exclamó con hondo acento.
—«¿Lo dudais? Pues mi padre yo creyera
que asaz os lo enseñó.» Dice, y devora
abrasado carbon con lábio ansioso.
¡Amistad insensata! ¡Piedad fiera!
Id, molestos amigos, id ahora
y negadle el acero peligroso!

---

(1) Nota del Sr. D. Juan Quirós de los Rios, en su obra inédita *Traductores latino-hispanos del Siglo XIX*.—A la amistad que nos une con el Sr. D. Hermenegildo Giner de los Rios, deudo del eminente repúblico, debemos esta composicion poética, fruto de las mocedades del gran orador, que testifica su familiaridad de antiguo con los autores clásicos de la época romana; pues estos enérgicos versos son traduccion, si bien un tanto libre, de los que escribió sobre el fin de la hija de Caton de Útica nuestro insigne Marcial.

El presente soneto figura ya en el trabajo que preparamos para la estampa. Copiamos el texto latino, á fin de que las personas aficionadas á esta

Soneto.

Abortó el norte en su furor impío
de esclavos mil y mil hueste inhumana,
que desde el Ebro al triste Guadiana
vagar osaron con impune brío.

No me acometerán: el triunfo es mio,
gritó la rebelion con lengua insana:
en flor marchita su esperanza vana
verán los hijos del vandalio rio,

Dijo, y salvó la cumbre del Mariano,
y holló procaz la hermosa Andalucía,
y comenzó á saciarse en sangre y oro:

Mas llega y vence el libre castellano,
y el bueno entona cantos de alegria,
y el siervo gime en vergonzoso lloro.

---

clase de compulsas puedan apreciar mejor el mérito de la version española, que, aparte de alguna que otra incorreccion y tal cual licencia, es, á nuestro juicio, de no escasa valía.

He aquí los tres dísticos de Marcial:

Conjugis audisset fatum quum Porcia Bruti,
Et subtracta sibi quaereret arma dolor:
«Nondum scitis, ait, mortem non posse negari?
Credideram satis hoc ves docuisse patrem,»
Dixit, et ardentes avido bibit ore favillas.
I nunc, et ferrum turba molesta, nega.

Cuando publiquemos el trabajo de que dejamos hecha mencion, nos ocuparemos detenidamente de la traduccion del Sr. Ríos Rosas.

La Opinion. (1)

La sien latiendo, turbia la mirada,
teñido el rostro de rubor sangriento,
la espléndida melena suelta al viento,
la vestidura al seno desgarrada;

Ella me ciñe en lúbrica lazada,
trémulo el cuerpo, el lábio macilento,
con honda sed bebiéndome el aliento,
en su boca mi boca aprisionada.

¡Oh vision, que mis sueños envenenas
y en lava de volcan hinchas mis venas!
¿Quién eres, dí, mujer, deidad ó arpía?

—Soy la Opinion, tu esclava y tu tirana;
hoy, transida de amor, tu barragana;
ayer, tu dama infiel con befa impía.

Madrid, 1873.

(1) A la amabilidad del Sr. fotógrafo, D. E. Juliá, debemos la autorizacion para que vea la luz este soneto, escrito expresamente por el autor con destino al *Almanaque* de dicha casa, correspondiente al año de 1874.

Soneto.

Un tiempo entre arrayan, señora, y flores,
Guadalevin riscoso en su ribera,
con voz ó lastimada ó placentera
suspirar me escuchó tiernos amores.

Un tiempo entre los bárbaros clamores
de su victoria ignominiosa y fiera,
la maldicion de la verdad severa
en la sien esculpí de los traidores.

Hoy, si la mano de la musa mía
se atreviese á tocar la inclita hazaña
que asombrada la fama aún no pregona,

¿Dónde mejor el lauro tejería
del mas heróico pueblo de la España
que á la más bella dama en su corona?

Soneto.

Huyó la tempestad: iris ondea
con tinte vário en el risueño ambiente.
El jugo dadme que la vid ardiente
en sus entrañas amorosas crea.

Huele cual flor, cual fuego centellea
en la ancha copa de cristal luciente,
mata el afan del corazon doliente,
del alma enciende la apagada tea.

Tras de penosa lucha embravecida
solo el recuerdo mortifica el alma:
borrémosle tambien de la memoria.

Luzca la alegre paz en nuestra vida;
solaz conceda venturosa calma
al combatiente que logró victoria.

El Gobierno.

SONETO CON PIÉ FORZADO Y ESTRAMBOTE.

Haciendo miserable *pepitoria*
de la gigante encina y el *arbusto*,
siempre temblando de mezquino *susto*,
siempre dando al soldado *zanahoria*;
Sin salir de un compás cual burro en (*noria*,
inmoble en el poder cual yerto *busto*,
á los bandos mostrándose *venusto*,
falto de porvenir, pobre de *gloria*;
Así de los sucesos trás la *pista*,
cual en pós de ladron cuitada *ronda*
y á cualquier soplo movediza *arista*,
marcha el gobierno de cervíz *redonda*.
¿Qué le falta al gobierno? Yo *calculo*
que le falta una cosa y no me *pasmo*.
¿Qué le falta al gobierno?... Lo que al *mulo*
que solo tiene el sexo por *sarcasmo*.

ERRATAS.

No habiéndose hecho la comprobacion en algunos de los pliegos que forman este volúmen, aparecen en ellos ciertas equivocaciones que el buen sentido del lector salvará.

ÍNDICE.

Págs.

Apuntes biográficos. 5
El Jerife de Benastepar (Tradicion morisca). 17

COMPOSICIONES VARIAS.

Un sáuce 63
En un album. 69
Meditacion. 71
De un juez á la mujer de un alcalde. 77
Oda á la reina Cristina. 79
El áura y la flor. 87
A una fuente. 89
A la torre de Sta. Maria de Marchena. 97
Oriental. 107
Elegía. 111
Impresion de la noche 119
Cancion. 121
Las tres rosas 129
Ensueño 133
Himno 137

TRADUCCIONES.

Cancion inglesa 143
Tibulo.—Lib. III.—Eleg. 6.ª 145
Ovidio.—Lib. I.—Eleg. 9.ª. 151
Propercio.—Lib. II.—Eleg. 29.ª. 155
Ovidio.—Lib. II.—Eleg. 7.ª 159
Propercio.—Lib. II.—Eleg. 17.ª 167

SONETOS. *Págs;*

A la Felicidad 171
La Rosa 172
La Amapola. 173
El ambiente de la noche. 174
A Pepita. 175
A Lisboa. 176
Porcia. 177
Sin título. 178
La Opinion. 179
Sin título. 180
Sin título. 181
El Gobierno. 182